



Brigitte

EN ACCION

Lou Carrigan

Guerra meteorológica

Brigitte Montfort, la famosa periodista Neoyorquina ha sido invitada a Washington para cubrir, para su periódico, una importante conferencia sobre «Armas incruentas». Pero antes, acompaña a Número Uno al aeropuerto para despedirse de él, y, durante su regreso a Nueva York, es atacada por otro coche y está a punto de tener un accidente.



Lou Carrigan

Guerra meteorológica

Brigitte en acción - 246

Archivo Secreto - 200

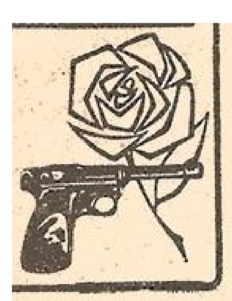
ePub r1.0

Titivillus 19-09-2019

Lou Carrigan, 1977
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1





ARCHIVO SECRETO

Brigitte EN ACCION



Capítulo primero

Todos los hombres que concurrían aquella mañana en el aeropuerto John F. Kennedy, y que tuvieron la buena idea de pasar por aquella parte de los vestíbulos, corrieron, al mismo tiempo, un gravísimo peligro: muerte por colapso cardiaco ocasionado por el resplandor de la Belleza.

La Belleza estaba representada, cómo no, por una mujer.

Una mujer de buena estatura, que resultaba evidente aun permaneciendo sentada en uno de los sillones, con las piernas cruzadas. Una estatura en la que se repartirían, con un prodigio de armonía, las más bellas formas femeninas que el más exigente pudiera soñar.

Pero si el magnífico cuerpo elegantemente vestido dejaba a los hombres estupefactos, la visión del rostro de aquella mujer los colocaba, al borde del colapso. Un rostro tan bello que ya alcanzaba lo increíble: óvalo perfecto rodeado de largos y negros cabellos suavemente ondulados, boca sonrosada de línea dulcísima, barbilla encantadora con aquel hoyuelo vertical, nariz perfecta y graciosa, y, pasmo de pasmos, los más grandes, maravillosos ojos azules que se pudieran buscar en el planeta Tierra…

Así que, alrededor de la muchacha, había un discreto círculo de caballeros alucinados que hacían lo posible por simular que su presencia allí, detenidos, estaba justificada. La mayoría de ellos habían tropezado con sus propios pies al ver a la muchacha, y todos habían desorbitado los ojos; algunos de ellos, que habían pretendido seguir caminando correctamente pese a tener vuelta la cabeza, chocaron con otros que, llegando en dirección opuesta, también miraban aturdidos a la bellísima.

De pronto, ésta alzó la cabeza, miró hacia un punto, y sonrió dulcemente.

En el acto, un par de docenas de corazones masculinos

alcanzaron su máxima proximidad al colapso. Ver aquella sonrisa era como recibir la descarga de un rayo. Pero la cuestión era… ¿a cuál de entre ellos sonreía la divina y encantadora criatura?

Dos segundos después, la decepción cundió entre el maravillado grupo de caballeros. La decepción y hasta un cierto temor indefinible, al ver al hombre destinatario de la sonrisa, que se acercaba pausadamente. Si aquel hombre se molestaba con alguno de los mirones, la cosa podía terminar mal, pero que muy mal, para él mirón en cuestión.

Sólo había que fijarse con atención en los ojos de aquel hombre. Unos ojos negrísimos, inexpresivos entre los párpados alargados… Pero a fin de cuentas, los ojos poca cosa podían hacer. En cambio, aquellas manos grandes y hermosas, nervudas y fortísimas, quemadas por el sol, parecían capaces de partir en dos a cualquiera. Si se consideraba la estatura de metro ochenta y seis del hombre, sus hombros delgados y anchos, su cintura delgada, y sus largas piernas de caminar elástico y poderoso, lo mejor que se podía hacer era largarse de allí cuanto antes.

Sí, cuanto antes. Antes de que el sujeto de los ojos negros, mosqueado por la presencia de los mirones, comenzase a reprochar a la muchacha que estuviese mostrando parte de sus bellísimas piernas, por ejemplo.

Así que la desbandada comenzó, discretamente, pero a toda prisa, mientras el gigante atleta se sentaba en un sillón, junto a la muchacha, y antes de que comenzasen los reproches. Aquel hombre era un ejemplar único, pero sin duda, la muchacha también lo era, y él tenía, que recordarle, sin duda, que no le gustaba compartir su belleza con nadie, aunque fuese tan sólo visualmente.

Sólo que el hombre, al sentarse, dijo:

—Ya he terminado de facturar el equipaje. ¿Quieres que vayamos a tomar algo al bar?

Brigitte Montfort tomó una mano de Número Uno, y movió negativamente la cabeza.

—Lo único que deseo es que te quedes, mi amor.

—Pronto avisarán la salida de mi avión.

—¿Por qué no quieres quedarte unos días más? —insistió ella.

—Tengo cosas que hacer en Europa.

—¿Son más importantes que estar conmigo?

—Vine solamente para felicitarte en tu cumpleaños. Y tu cumpleaños ya ha pasado, Brigitte.

—Angelo Tomasini —frunció el ceño Brigitte—: eres un antipático.

—Bueno, eso lo sabes ya hace mucho tiempo. De todos modos, tú no estás siendo muy simpática, ahora, mi amor.

Los párpados de Brigitte se separaron mucho, mostrando los ojos en toda su grandiosa belleza.

—¿Yo? —se sorprendió—. ¿Yo soy antipática?

—Evidentemente. Dejé cosas a medio hacer en Europa sólo para estar presente el día de tu cumpleaños, y en lugar de valorar esto debidamente, me reprochas que regrese a terminar un trabajo.

—¡Oh…! Bien, todavía no has contestado a mi pregunta: ¿es más importante ese trabajo que yo?

—No. No hay para mí nada más importante que tú.

—Entonces —sonrió ella, dulcemente—, quédate unos días más.

Angelo Tomasini, el sin par espía Número Uno, quedó pensativo unos segundos. Luego, asintió reposadamente:

—De acuerdo, voy a quedarme…

—¡Oh, mi amor, te…!

—… Siempre y cuando aceptes quedarte tú también en Villa Tartaruga, cuando yo te lo pida en futuras ocasiones.

—¡Oh…!

—¿Trato hecho? —la miraba él fijamente.

—Eres demasiado astuto para mí —rió Brigitte—. Sabes que no siempre podría cumplir mi palabra. En ocasiones, yo también tengo cosas que hacer, mi amor.

—¿En ocasiones? —Número Uno alzó las cejas—. Vaya, es un nuevo modo de decir que la agente Baby siempre está haciendo algún trabajo para la CIA, y que en *ocasiones*, se toma unos días de descanso en Villa Tartaruga. Contesta a una pregunta: ¿eres Brigitte Montfort, una de las mejores periodistas del mundo, y, al mismo tiempo, eres la secretísima e inteligentísima agente Baby de la CIA?

—Sí —se desconcertó Brigitte—. Sí, claro.

—Entonces, no digas tonterías. No encajan con tu personalidad.

—¡Santo cielo, estás verdaderamente antipático esta mañana, Uno!

—Hay un motivo sólido para ello: me alejo de ti.

—¡Quédate!

—No. Entre otras cosas, porque no me gusta Nueva York.

—A mí tampoco —convino Brigitte—. Sobre todo, estos días en que hay huelga de los empleados de la recogida de basuras… Es horrible. Todo huele mal. Pero eso podemos solucionarlo: ¿quieres que nos vayamos a mi cabaña del lago?

El gesto de Número Uno se ensombreció, bruscamente.

—No tengo muy buenos recuerdos de aquella cabaña —murmuró—. De todos modos, no es por eso, sino porque tienes algo que hacer. ¿O has olvidado tu viaje a Washington dentro de dos días?

—Podrías venir conmigo, y luego ir juntos a…

—Vamos, Brigitte… Sabes que no quiero ir a Washington. Además, yo no he sido invitado como famoso periodista a esa… conferencia sobre Armas Incruentas.

—Si vienes conmigo, nadie te impedirá asistir a la conferencia.

—Por supuesto. Cualquier cosa que pida Baby, se le concede en el acto. No importa lo que sea: desde el último gusano de la CIA hasta el Presidente de Estados Unidos, harán lo que sea con tal de complacerte. Pero sucede que no quiero saber nada de esa conferencia… ¿Realmente eres tan ingenua?

—¿Ingenua? —respingó Brigitte—. ¿Ingenua yo? ¿Por qué dices eso?

—No existen las armas incruentas.

—¡Oh, sí…! ¡Sí existen!

—Dime una.

—Bueno, hay varias… Desde los más vulgares gases lacrimógenos a los más sofisticados narcóticos, y las…

—Gases lacrimógenos y narcóticos —dijo Uno—. Bien. ¿Y para que se utilizarían, si no para derrotar al enemigo?

—Tienes razón, pero se haría sin derramamiento de sangre, sin muertes… Esa es la función específica de las Armas Incruentas, mi amor: vencer sin derramar sangre, sin matar.

—Sin matar por el momento. Pero cuando ya el enemigo hubiese sido derrotado, ¿qué haría el vencedor con el vencido?

—No sé —susurró Brigitte.

—Lo sabes perfectamente: le cortaría la cabeza, para asegurarse de que jamás volvería a tenerlo enfrente. Puede que existan esas

armas incruentas, pero el fin de toda arma es siempre el mismo: vencer y aniquilar, de un modo o de otro. ¿Qué tiene de bueno que primero te duerman y luego te corten el cuello? Para eso, me parece más práctico y sincero matar en primera instancia. Es menos retorcido, ¿no te parece?

—Estás de malhumor porque nos separamos —sonrió Brigitte, dulcemente—. Pero me parece que tienes razón. Pensar de modo diferente a como tú piensas, es querer engañarse uno mismo.

—Pero vas a asistir a esa conferencia sobre Armas Incruentas Norteamericanas.

—He sido una de las poquísimas personas seleccionadas para representar a la Prensa en esa conferencia, mi amor. Una invitación de esa clase significa una gran distinción…, y una enorme responsabilidad. Tengo que ir. No por interés propio, o porque Miky me amenazase con despedirme del *Morning News* si no iba en su representación, sino porque me considero obligada a escuchar esa conferencia, comprender bien qué son las armas incruentas, y explicar al público sus posibilidades auténticas, ahora que el Pentágono lo autoriza.

—¡Tonterías! Cuando el Pentágono o la Casa Blanca autorizan información sobre unas armas, es porque ya tienen otras mucho más eficaces… y, naturalmente, secretas. Vamos, Brigitte… Sabes que no hay nada limpio en todo esto. ¿Qué me dices de los rumores que corren, ahora, sobre los Kennedy? Salvo que yo haya interpretado mal la lectura de algunos periódicos, John y Robert Kennedy fueron… promotores, o cuando menos cómplices en cierto grado, de algunos asesinatos y de intentos de asesinatos de personajes políticos extranjeros… ¿Qué dices a eso?

—No se ha probado —murmuró Brigitte.

—Y quizá no se pruebe nunca. Pero el solo hecho de que circule ese rumor, ya es suficiente para provocar náuseas. Náuseas hacia todo y hacia todos… ¿Tú no sientes náuseas? También habrás oído decir que fue la propia CIA, quien planeó el asesinato de John Fitzgerald Kennedy, el llorado presidente que fue sepultado en Arlington… y que, si llegase a probarse que él, a su vez, planeó o autorizó planes para asesinar a dirigentes políticos extranjeros, sería desenterrado de allí, de Arlington, y llevado a otro lugar…, puesto que en Arlington sólo merecen reposar héroes y grandes hombres.

¿Qué me dices a eso?

—Es horrible todo, lo sé. Pero…

En aquel momento sonó el aviso para los señores pasajeros del vuelo con destino a Londres, del cual formaba parte Número Uno. Lo escucharon en silencio, siempre como aislados del mundo que les rodeaba.

—¿Pero…? —requirió Uno.

—Pero —murmuró Brigitte—, yo no formo parte de esa podredumbre, y quiero seguir adelante.

Número Uno se puso en pie, tirando de la mano de Brigitte.

—Hasta pronto —susurró.

Brigitte se abrazó a él, y le besó en los labios, largamente. No. No existía el mundo que les rodeaba: gente que iba apresuradamente en todas direcciones, música, avisos por los altavoces, sonidos de motores, gritos de saludo, risas… En el enorme avispero que era el aeropuerto, ellos eran perfectamente capaces de considerarse a solas, mientras se besaban…

Por fin, Brigitte separó sus labios de los de Angelo Tomasini.

—Hasta siempre, mi amor.

Eso fue todo.

Número Uno dio media vuelta, y se alejó. Minutos más tarde, Brigitte veía despegar el gran reactor que alejaba de su lado al único hombre que podría amar hasta el fin de sus días. Se estremeció al pensar que aquel poderoso avión podía estrellarse, hacerse mil pedazos, triturando a todos sus ocupantes… No hacía muchos días, el veinticinco del mes anterior, un «Boeing 727» se había estrellado precisamente allí, muy cerca del aeropuerto, al ir a tomar tierra; habían muerto 107 personas de las 121 que iban en el avión. ¡Todo era tan triste, tan deprimente…! Todo, todo, todo…, absolutamente todo, sobre todo ahora que Uno se había marchado…

—Tengo qué sobreponerme —se dijo—. No debo dejarme abatir por lo malo, sino luchar siempre para hacer prevalecer lo bueno.

Poco después, Brigitte Montfort se sentaba ante el volante de su «Cadillac», para emprender el regreso a Nueva York, a su apartamento de la Quinta Avenida, en el piso 27 del Crystal Building, frente a Central Park… Sí: ¿por qué tenía que permanecer en Nueva York? Cada día había más delincuencia, más ambiciones,

más insensibilidad humana, más agobios de todas clases. ¡Cuán infinitamente mejor estaría en el jardín de Villa Tartaruga, tomando el sol en el césped que rodeaba la piscina, oliendo flores y oyendo el canto de pájaros, viendo muy cerca el mar, azul, azul, azul, azul…!

Estaba maniobrando con el «Cadillac», para dirigirse a la salida del estacionamiento. El interior del coche parecía un horno, después del rato que había pasado bajo el sol estival, cerrado.

«Debí utilizar el descapotable —pensó—. Y de todos modos, este “Cadillac” está ya muy viejo. Tengo que ir pensando en comprarme otro coche. ¿Por qué no, si tengo dinero de sobra, y me lo merezco más que muchos que tienen reactores particulares…? Podría ir a Europa a comprar algún modelo especial… Le diría a Uno que me acompañase, que me ayudase a elegir…».

Cuando salía del aeropuerto por Van Wyck Expressway, aún pudo ver el mar, en Jamaica Bay. Pero no era un mar azul, sino de un color entre gris y verdoso. Decidió que era mejor no mirarlo, y, por otra parte, no podía distraerse conduciendo por Van Wyck, ni mucho menos.

Poco después, pasaba por encima de Southern Parkway, acercándose a Rockaway Boulevard. Aquí sería al revés: ella pasaría por debajo de este bulevar, elevado… Rutinariamente, alzó la mirada hacia el retrovisor, y vio el «Comet» azul que se proponía adelantarla, lanzado a buena velocidad, ya por la izquierda. Sumida en sus pensamientos, se limitó a ceñirse bien a la derecha, y dejó pasar el otro vehículo sin concederle una mirada, ya que aquello no tenía nada de extraordinario.

El «Comet» la rebasó, y se echó también hacia la derecha, por delante de ella. El sol dio en el cristal de la parte de atrás, de lado, arrancando un vivo destello. Brigitte entornó los párpados, para evitar el deslumbramiento, y retuvo un poco la marcha, a fin de que la posición del otro coche con respecto al suyo enviase el reflejo solar en otra dirección.

Y en ese mismo instante en que el sol se reflejaba en el cristal zaguero del otro coche, entornados sus ojos, Brigitte vio la mano, el brazo, que salió por la ventanilla derecha trasera del coche que la precedía. Y en la mano, salvo que ella estuviese viendo visiones, había una pistola.

Vio perfectamente el fogonazo, como una mancha de leve

resplandor rojo diluida a la luz del sol. Y notó en sus manos la vibración del volante, oyó el estampido de su neumático delantero derecho, percibió la pérdida de control del «Cadillac»… Todo ello, con una velocidad de reacción mental y física que, posiblemente, sólo se encontraría en uno de entre mil conductores. En realidad, todavía estaba ante sus ojos el fogonazo del disparo cuando Brigitte *Baby* Montfort, la espía más peligrosa del mundo, sabía que la rueda delantera de su coche había estallado, reventada por una bala.

De mil conductores, novecientos noventa y nueve quizá hubiesen tenido un accidente mortal en aquellas circunstancias. Posiblemente, habrían lanzado el pie hacia el freno, mientras giraban el volante hacia la izquierda…, con lo cual, el coche habría comenzado a dar vueltas hacia la derecha sobre sí mismo, y finalmente, quizá, se habría convertido en una antorcha…

Brigitte movió el pie hacia el freno, pero no llegó a tocarlo. En cuanto a intentar girar hacia la izquierda, no tuvo ni la menor vacilación: continuó conduciendo hacia el frente, manteniendo el volante sin rigidez; el coche se acercó al borde de la pista, y sólo entonces giró el volante un poco hacia la izquierda, volviendo hacia su carril de conducción; de nuevo volvía el coche hacia la derecha, rechinando los demás neumáticos; y de nuevo lo controló…

Por detrás de ella, comenzaron a sonar claxons, de los vehículos que se habían visto obligados a frenar, tan bruscamente, que el que iba detrás del «Cadillac», llegó a tocar la parte trasera de éste; otro, saltó bruscamente hacia la izquierda, intentando salvar la colisión adelantando al que seguía Brigitte. En aquel instante, llegaba otro con la luz intermitente indicando que se disponía a adelantar…, y este vehículo, al encontrarse de pronto con otro delante, pasó también a la izquierda, excesivamente, invadiendo la calzada contraria. Un coche que llegaba lanzado por este lado tuvo que echarse a la derecha, chocando de costado, apenas un roce, con otro coche…

Pero Brigitte no vio nada de esto. Con todos los músculos en tensión, se ocupaba exclusivamente de su coche, que iba perdiendo velocidad al no apretar ella el pedal del gas.

Se detuvo, por fin. El que llegaba detrás, chocó contra la parte posterior. Detrás de éste, llegó un tercero, que chocó con el que lo

había hecho contra el «Cadillac». Por el otro lado de la calzada, los coches se habían detenido, con agudos chirridos de neumáticos, y se oían los feroces bocinazos de otros vehículos.

Todo era sonido de claxons alrededor de Brigitte Montfort, alias *Baby*, de la CIA.

Ésta permaneció un instante con las manos crispadas, como clavadas al volante. De pronto, las soltó, y se las llevó al rostro, que encontró húmedo y frío, rígido. La desorbitada mirada de la espía-periodista se dirigió hacia el «Comet» azul, pero éste se había perdido ya en la distancia, sin contratiempo alguno.

Novecientos noventa y nueve, de entre mil conductores, habrían muerto, seguramente, en aquellas circunstancias, aplastados dentro de su propio coche, carbonizados acto seguido. Pero ella seguía sentada, ilesa… Como siempre. Siempre la increíble suerte…

Una cabeza masculina apareció en el hueco de la ventanilla, un rostro pálido, demudado.

—¿Está usted bien? —casi gritó, con voz aguda, el hombre.

Brigitte lo miró, tragó saliva, y asintió:

—Sí… Sí, gracias…

En ambas direcciones, los coches se habían detenido, pero en pocos segundos reanudaron la marcha. Al primer hombre se unieron dos más, que viajaban en el coche tercero de la fila detenida por el «Cadillac», interesándose por su ocupante, pero congestionados los rostros por la furia…, que decreció considerablemente al ver a la bellísima conductora.

—¡Demonios! —masculló uno—, ¿qué le ha pasado?

—Creo que se ha reventado un neumático —dijo, con voz tenue, Brigitte.

El primer automovilista estaba ya frente a la parte delantera del coche, señalando, en efecto, el neumático delantero derecho. Brigitte se apeó, y se reunió con él, mirando el neumático.

—Es raro —dijo el hombre—: parece nuevo. Seguramente no lleva rodadas más de dos o tres mil millas.

—La ayudaremos a cambiar la rueda —se ofreció, uno de los otros dos.

—Gracias —murmuró Brigitte—, pero puedo hacerlo yo misma… Muchas gracias.

—¿De veras puede? —se pasmó el hombre.

—Desde luego. Siento lo ocurrido… Lo siento mucho.

—No ha sido culpa suya: a cualquiera se le puede reventar un neumático… La ayudaríamos con mucho gusto, señorita.

Brigitte movió la cabeza, y fue en busca de la rueda de recambio. Todavía no la había sacado, cuando llegó un motorista de la Highway Patrol, que se dedicó enérgicamente a restablecer el orden en la circulación, colocándose a un lado del «Cadillac», junto a su moto. La circulación se normalizó, y el patrullero, dejando su motocicleta como señal, se reunió con Brigitte, que se estaba poniendo los guantes de flexible piel, despacio, muy sosegada. El hombre fue a mirar la rueda reventada, y volvió junto a la periodista.

—Vaya —movió la cabeza—. De cuando en cuando tengo la oportunidad de contemplar a una persona que ha nacido por segunda vez, señorita. Cuando se revienta una rueda de atrás, casi nunca pasa nada grave, pero una de las de delante…

—Sí —susurró Brigitte—. He tenido suerte.

Capítulo II

—Puedo movilizar a todos los hombres del Sector —aseguró Charles Alan Pitzer, jefe del Sector Nueva York de la CIA—, pero comprenda, querida, que encontrar un «Comet» azul, del cual sólo recuerda usted que tenía un 8 en la matrícula, no va a ser fácil… Incluso diría que es imposible.

Sentada en el sofá del salón de su lujoso apartamento, Brigitte asintió, lentamente:

—Lo comprendo, tío Charlie. Pero yo no le he pedido que haga tal cosa. Lo único que le he preguntado es si tenemos noticia de algo que está ocurriendo en Nueva York…, y en lo que yo, de un modo u otro, pueda estar involucrada, aun sin saberlo.

El ayudante de Pitzer, Simón-Floristería, que también había acudido, y que todavía estaba un poco demudado, movió la cabeza con gesto negativo.

—No pasa absolutamente nada, Brigitte. Cuando nos llamó por teléfono, yo estaba de turno en la radio… No pasa nada en Nueva York.

—¿No pudo ver a ninguna de las personas que iban en el «Comet»? —preguntó Pitzer.

—Estaba, un poco deslumbrada por el reflejo del sol… No vi a nadie. Sólo el brazo armado, por la puerta derecha de atrás. Vi la pistola, eso es todo.

—Si le dispararon desde la ventanilla derecha de atrás, el que lo hizo debía ser zurdo —deslizó Simón—. De no ser así, habría disparado por la otra ventanilla.

—Seguramente —asintió la divina—. Pero tampoco vamos a ponernos a buscar a un zurdo, ¿verdad?

Peggy, la rubita ama de llaves de la espía, llegó con una bandeja, dispuesta a servir el aperitivo. El silencio era completo en el salón.

—Es una situación peligrosa —dijo, de pronto, Simón—. Si sabemos quién quiere matarnos, podemos defendernos, pero en este caso…

Movió la cabeza. Brigitte lo miró, pero no hizo comentario alguno. Tomó su copa de aperitivo, y bebió un sorbito.

—Bueno —murmuró—, por suerte, él ya se había marchado.

—¿Quién?

—Uno. Entiendo que tiene cosas que hacer en Europa, y de este modo podrá atenderlas. No quisiera que…

—¡Un momento! —exclamó Pitzer—. ¡Había olvidado ese detalle, Brigitte…! ¿No podría ser que el atacante fuese un enemigo de Número Uno, y no de usted, o de la CIA?

Brigitte palideció bruscamente. La idea de que alguien quisiera lastimar a Número Uno, matándola a ella, no era del todo descabellada… Pero movió la cabeza negando.

—No. Uno y yo estuvimos un buen rato en el aeropuerto, nos vieron muchas personas, claro está. A los dos. Si fuesen enemigos de él, aquél era un buen momento para atacarle. En cambio, esperaron a que yo estuviese sola. Para mí, eso significa que la presa era yo, y que estando sola era menos arriesgado atacarme.

La lógica era aplastante. Pero mientras Pitzer y Simón admitían esto mentalmente, Brigitte pensaba en Número Uno en vuelo hacia Londres. ¿Y si le pusiese un radiograma indicándole que tuviese cuidado…? No. No, no, no… Por dos razones. Una, que Número Uno siempre tenía cuidado. Dos, que lo único que iba a conseguir sería alarmarlo. Y por supuesto, en cuanto llegase a Londres tomaría el primer avión de regreso a Estados Unidos… No.

—Sería conveniente —dijo Simón—, que instalásemos a algunos de los muchachos en este edificio: lo harían encantados. También podemos poner dos o tres en un coche, que siempre estaría cerca de usted. Y podríamos…

—No —siguió negando Brigitte—. Si realmente alguien quiere matarme, o sea, que todo esto no ha sido una confusión, esos Simones no servirían de nada. Quien quisiera matarme sólo tendría que esperar, y claro está, no iba a tener cerca de mí a media docena de Simones toda la vida… No vamos a hacer nada.

—Pero…

—Si alguien quiere matarme —Baby miró fijamente a Simón—,

sólo tiene una solución: seguir intentándolo. Muy bien: que siga intentándolo.

Pitzer y Simón cambiaron una mirada. Sabían muy bien lo que Brigitte quería decir: una cosa era atacar a la agente Baby estando ésta desprevenida, y otra cosa muy diferente era atacarla cuando ella estaba esperando ese ataque. Más o menos, era lo mismo que atacar a una tigresa cuando está dormida, o cuando está despierta olfateando a su alrededor la llegada del enemigo.

—Comprendo —dijo Pitzer—. Pero de todos modos… —He dicho que no.

Los dos espías sabían que la cosa más inútil del mundo era discutir con Brigitte Montfort.

—De acuerdo —aceptó Pitzer—. Pero vamos a intentar localizar un «Comet» azul, que tiene un 8 en la matrícula, y en el cual haya viajado un zurdo.

Brigitte encogió los hombros.

—Si no tienen nada más importante que hacer, por mí está bien, tío Charlie. Y ya que están aquí… ¿por qué no se quedan a almorzar conmigo?

—¡Estupendo! —se frotó las manos Simón—. Caramba, creí que no iba a invitarnos…

—¡Siempre me haces la misma jugarreta! —aulló Frank Minello—. ¡Cada vez que quiero invitarte a algo, te largas!

—No seas vulgar, Frankie: se dice te *vas de viaje*.

—¡Muy bien, te vas de viaje…! ¡Por mi parte…!

—No grites tanto, por favor —se llevó Brigitte las manos a las orejitas—: ya ha pasado el 4 de julio, Frankie, además.

—¿Qué tiene que ver el 4 de julio con esto? —se pasmó el buen Minello.

—Pues, el día 4 de julio, Fiesta de la Independencia de los Estados Unidos de América, entre otras cosas se lanzan cohetes de artificio y cosas así, ¿no es cierto?

—Sí… Claro.

—Y como el 4 de julio ya ha pasado, me pregunto por qué llevas una pistola lanzacohetes.

Minello se llevó instintivamente la mano derecha al sobaco izquierdo, con el gesto rápido, que luego quiso disimular; pero sabía

que era inútil. Del mismo modo que era inútil intentar ocultar una cosa así a Brigitte.

—Bueno —mascullo—. Sí, es... es una pistola de esas para lanzar bonitas bengalas de colores, ya sabes... ¡Pum!, disparas, y aparece en el cielo un bonito surtidor de luces... ¡Je, je! ¿Qué... qué haces...? ¡No me hagas cosquillas!

Brigitte había metido una mano bajo la chaqueta de Minello, y éste intentó zafarse. Inútil. Brigitte retiró la mano, sosteniendo la imponente automática de su más fiel y querido amigo, además de compañero periodístico en el *Morning News*. La miró con gesto de exagerada sorpresa, y luego, como una niña candorosa, miró a Minello.

—¡Zambomba, Frankie! —exclamó—, ¡qué pistola para lanzar cohetes, más rara!

—Bueno... Sí, es un nuevo modelo... La llevaba el día 4 de julio, y... y aquí se quedó. Tengo una memoria pésima... ¡Je, je!

—¡Je, je! —sonrió Brigitte—. Esa Peggy es una chismosa.

—¡No me lo ha dicho ella!

—¿Qué es lo que Peggy no te ha dicho?

—¡Que quisieron matarte el otro día, en el aeropuerto, y que...! ¡Qué burro soy! ¡Ya lo he dicho! ¡Bueno, pues dicho está, y tú no te largas de aquí si yo no voy contigo!

—Sólo voy a Washington, Frankie.

—¡Pues aunque fueses al Central Park! ¡Yo voy contigo!

Brigitte miró hacia la puerta que comunicaba el salón con el pasillo, en la cual había aparecido Peggy, diciendo:

—El taxi la espera, señorita.

—Gracias, Peggy. Mira, Frankie —miró de nuevo a Minello, y le devolvió la automática a la funda—, yo agradezco a Peggy su indiscreción, y a ti tu intención, porque sé que lo hacéis por cariño a mí. Pero he rechazado la ayuda de la CIA, ¿comprendes?

—¡No señor, no te comprendo!

—Te lo explicaré... Podía haber ido a Washington en un helicóptero de la CIA, protegida como el propio señor Ford. Y si lo desease, podría estar siempre igualmente protegida. Pero ocurre que no deseo eso, sino todo lo contrario. Así pues, he decidido ir a Washington en avión, sola, como la periodista Brigitte Montfort, sin más complicaciones. Y comprenderás que si no estoy dispuesta a

arriesgar a ningún Simón, tampoco quiero arriesgarte a ti. Por lo tanto, me voy sola a Washington, para asistir a esa conferencia sobre Armas Incruentas. ¿Está claro?

—¡Intentarán matarte otra vez!

Los bellísimos ojos azules parecieron congelarse, de pronto.

—Esa es la idea, querido.

—¡Estás loca!

—¿Desde cuándo te dedicas a insultarme?

—¿Eh? Bu… bueno… Oye, Brigitte… Mira, vamos a hacer un trato. Tú vas sola…, quiero decir que parece que vas sola, pero yo voy en tu mismo avión… ¿Comprendes? O sea, nadie se dará cuenta de que vas protegida, pero sí lo estarás…. ¿Te parece bien?

Brigitte Montfort frunció el ceño, y se dedicó a pensar muy detenidamente durante unos segundos. Por fin, asintió, con gesto aprobativo.

—¡Estupenda idea, Frankie! Bien, voy a recoger mi maletín al dormitorio, y nos vamos hacia el aeropuerto.

—Muy bien —se iluminó el rostro de Minello—. ¡Muy bien! ¡Ya sabía yo que acabarías por comprender la sensatez de mi idea!

—Naturalmente, Frankie. Ven, Peggy.

—Sí, señorita.

Minello se dejó caer en un sillón, con expresión más que satisfecha, contentísimo, mirando a las dos mujeres caminando hacia el fondo del salón.

Brigitte y Peggy recorrieron el pasillo, llegaron al dormitorio de la primera, y la segunda señaló el maletín, sobre la cama.

—No debí decírselo a Frankie, ¿verdad, señorita?

—No, Peggy. No debiste decírselo. Y supongo —la miró sobresaltada, de pronto— que no se te ocurrirá decírselo a Uno si vuelve a llamar y yo no estoy en casa.

—¿No debo decírselo?

—¡Por el amor de Dios… no! Aunque él se resiste a decírmelo, sé que está muy ocupado en Malta, pues va a formar parte del gobierno, seguramente. Supongo que si lo hace es porque espera poder proporcionar algo bueno a otras personas…, y no me cabe la menor duda de que Dom Mintoff apreciará debidamente la colaboración de un hombre como Uno… Bien, ya está.

—¿Qué… qué es eso?

Peggy señalaba la pequeña esfera de cristal que Brigitte tenía en la mano, después de sacarla del doble fondo de un frasco de perfume, que volvió a colocar en el maletín.

—Sabes muy bien lo que es esto —sonrió Brigitte—. Quédate aquí.

Salió del dormitorio, portando cuidadosamente la cápsula de cristal en la mano. Se asomó el salón, y vio a Frankie sentado en el sillón, con gesto satisfechísimo, mirando uno de los cuadros… La pequeña ampolla salió proyectada de la mano de Brigitte, y fue a caer justo delante de los pies de Minello, que, de pronto, cerró los ojos, dejó caer la cabeza a un lado, se relajó completamente, y quedó inmóvil.

Brigitte regresó al dormitorio, y tomó el maletín rojo con florecillas azules que contenía el extraordinario arsenal de armas y trucos facilitado por Mac Gee, el jefe del Departamento de Armas Especiales de la CIA…

—Frankie debía tener sueño atrasado, porque se ha quedado dormido en el sillón —casi rió Brigitte, viendo los desorbitados ojos de Peggy—. Tardará cuarenta y ocho horas en despertar, y eso le irá muy bien, pues, últimamente, trabajaba demasiado. Y todo, por culpa de Pelé.

—¿De quién?

—¡Dios mío! —la miró Brigitte como aterrada—. ¿No sabes quién es Pelé?

—No… No. Bueno, creo… creo que he oído algo en la televisión… Sí… Es un negro, ¿verdad?

—Eso es, Peggy: un negro. No un hombre de *color*, pues yo siempre digo que eso es una tontería, ya que podría ser de color y no ser negro. Podría ser amarillo, por ejemplo. O Blanco. Nosotras somos blancas, Pelé es negro y Mao Tse Tung es amarillo. Bueno, pues Pelé… ¿De verdad no sabes *qué es* Pelé?

—No…

—Hijita de mi vida… Desde que Pelé llegó a Estados Unidos, Frankie se ha pasado el tiempo pisándole los talones, para escribir el más grande reportaje sobre *O Reí*. En brasileiro, O *Reí* significa *El Rey*. Y eso es Pelé: el Rey del fútbol. Del *football*, ¿comprendes? Si no recuerdo mal, lo llaman La Perla Negra, también… Es el jugador de fútbol más grande del mundo en toda la historia de este

deporte, y… —Brigitte miró su relojito, y lanzó una exclamación—. ¡Tengo que irme ya, o perderé el avión de Washington! ¡Pregúntale a Frankie cuando despierte, y él te dirá todo sobre *O Rei*! ¡Adiós, querida!

A las seis y veinte minutos de la tarde, el avión de la North American tomó tierra en la pista asignada del aeropuerto Foster Dulles, sin novedad alguna. Ni secuestros, ni accidentes, ni nada digno de mención en tan corto viaje.

A las seis y treinta y cinco, la señorita Montfort, con su maleta en una mano y el maletín en la otra, aparecía en el vestíbulo, directa hacia la salida, en busca de un taxi para hacerse llevar a Washington, donde tenía reservada una habitación en el McVay Hotel. Un empleado del aeropuerto se apresuró a ofrecerle sus servicios, y la periodista famosa en el mundo entero aceptó encantada, cediéndole la maleta, pero no el maletín. Le encargó que le pidiese un taxi, y siguió tras él, hacia la salida…

Naturalmente, se dio cuenta, en seguida, de que aquellos dos hombres la estaban esperando precisamente a ella. Dos militares. Dos apuestos militares, uno blanco, el otro negro. El primero, con el grado de capitán: alto, apuesto, atractivo, pulcro, interesantísimo con su uniforme impecable. El segundo, era sargento; más alto que su compañero, más atlético y bello, incluso se podía pensar que más pulcro.

Por su graduación, fue el blanco quien se dirigió a ella en cuanto convergieron:

—¿Señorita Montfort?

Brigitte miró de uno a otro, con inocente expresión expectante, sorprendida.

—Sí… Sí, soy yo.

—Permítame presentarme: capitán Cyril Appleby. Él es el sargento Jones. El general Craine nos ha enviado para ponernos a su disposición.

—¿A mi disposición? —se pasmó Brigitte—. No comprendo…

—Bueno, evidentemente, usted viene a Washington para asistir a la conferencia sobre Armas Incruentas, ¿no es así?

—Sí, sí… Pero eso es mañana, capitán Appleby, no esta tarde.

—Lo sabemos muy bien. El general Craine ha sido encargado de

las… relaciones públicas con los periodistas invitados, y los está atendiendo a todos. Supo que usted llegaría hoy a Washington, y nos designó para ayudarla en cuanto necesite.

—¡Ah…! Son ustedes muy amables, pero, realmente, no necesito nada… Bueno, creo que no necesito nada, francamente.

—Nuestro deseo es que usted se sienta atendida en todo momento. Tenemos un coche afuera, y podemos llevarla adonde guste. Estaremos toda la noche a su disposición telefónicamente, y por la mañana, la informaremos del simple protocolo de la conferencia, y, si lo desea, le mostraremos el Pentágono y le facilitaremos toda la información complementaria para que asista, bien informada previamente, a la conferencia… En fin, nos gustaría serle útiles en algo, señorita Montfort.

—Bien… ¡Oh! Supongo que sería una desagradecida si los rechazase, capitán. ¿Dice que tienen un coche? Pues, su primer servicio podría ser llevarme al hotel. ¿Es posible?

—Naturalmente. Y lo haremos encantados, además. Sargento, vaya a buscar el coche, y recójanos ahí fuera.

—Sí señor —saludó Jones.

Se alejó inmediatamente. Appleby tendió la mano hacia el maletín rojo con florecillas azules.

—¿Me permite…?

—¡Oh, no, no se moleste! Sólo llevo mis cosas de tocador, y pesa muy poco… Afuera debe estar esperándome un taxi.

—Nos ocuparemos de eso. ¿Ha tenido buen viaje? —Sí… Muy bueno, gracias. Es más cómodo venir a Washington que tomar el autobús en Nueva York.

—Eso tengo entendido —rió Appleby—. Estuve en Nueva York hace un par de años, y es una experiencia que no sé si me gustaría repetir. ¿Dónde vive usted, de Nueva York?

—En Manhattan.

—¡Ah, sí! Bueno, aquello es terrible, ¿no cree? Y creo que estos días hay no pocos problemas municipales.

—Sí, algunos. Faltan unos cuantos centavos en el Ayuntamiento.

—¿Unos centavos? —volvió a reír Appleby—. ¡Me parece que leí una cifra que rondaba los dos mil millones de dólares! Y me pregunto cómo un Ayuntamiento como el de Nueva York nada menos, puede hallarse en tal déficit. De todos modos…

—Ahí está mi taxi —señaló Brigitte.

—Permítame ocuparme de eso.

El capitán Appleby recuperó la maleta de la señorita Montfort, y pagó al empleado del aeropuerto y los iniciados servicios del taxista, que se resignó a perder la pasajera más hermosa que había visto en su vida. Ésta y Appleby se quedaron esperando la aparición del sargento Jones, momentáneamente silenciosos, un tanto embarazado el capitán, pues se daba perfecta cuenta de que la presencia de la señorita Montfort allí estaba causando poco menos que un alboroto.

—Bueno —dijo de pronto, sonriendo a medias—. Supongo que usted está acostumbrada a esto, señorita Montfort.

—¿A qué?

—Pues… No me diga que no se da cuenta de que todo el mundo la está mirando.

—¡Oh! Sí, estoy acostumbrada —rió ella—. No tengo más remedio: o me acostumbro, o no salgo de casa. La verdad es que no hago caso. Dígame, capitán Appleby: ¿usted cree en las Armas Incruentas?

Cyril Appleby frunció el ceño, y quedó unos segundos pensativo.

—No sé —vaciló, finalmente—. La verdad es que las armas siempre acaban por ser armas, de un modo u otro. Por ejemplo, se habla de un gas de fácil dispersión, paralizador… Se lanza en bombas construidas con aluminio, cuya única capacidad explosiva es la justa para reventar el recipiente que contiene los gases. Aparentemente, no son peligrosas.

—¿Pero realmente lo son?

—Todo depende del aprovechamiento de la victoria que se haga posteriormente. Cuando se ha estado luchando algún tiempo con un enemigo que nos ha causado muchas bajas, y, de pronto, lo tenemos paralizado, inerme ante nosotros, la reacción humana no es previsible… Es decir, sí es previsible: no se puede esperar un comportamiento general compasivo. Algunos soldados podrían haber perdido antes, en esa contienda, familiares o amigos queridos… No sé.

—Usted quiere decir, sin duda, que si en esa contienda el enemigo hubiese matado a su hermano, por ejemplo, y de pronto, el enemigo quedase inerme ante usted, se tomaría venganza, ¿no es

así?

—Yo personalmente, creo que no. Pero las tropas no están siempre mentalmente preparadas para una victoria que les ha costado muchos muertos, mucha sangre.

—Lo que usted dice es muy interesante —murmuró Brigitte—. Y supongo que ése será uno de los puntos que se tocarán en la conferencia de mañana.

—Es de suponer que sí… Ahí llega el sargento con el coche.

El sargento Jones detuvo el coche delante de ellos, se apeó rápidamente, y, mientras Brigitte y Appleby pasaban al asiento de atrás, colocó la maleta en el portaequipajes. Volvió al volante, y arrancó inmediatamente… Muy cerca, un reactor estaba despegando, dejando tras él un intenso y agudo silbido poderoso.

—Tengo entendido —dijo de pronto Appleby, tras un prolongado silencio— que dirige usted la Sección Internacional de su periódico.

—En efecto.

—Parece que es un cargo muy importante para una mujer.

—Bueno, capitán —rió la divina—, algunas mujeres podemos estar tan bien informadas como los hombres, sobre lo que ocurre en el mundo, y hasta podemos ser capaces de obtener conclusiones al respecto. En cambio, hay hombres que no podrían hacerlo.

—Eso es cierto —admitió Appleby, sonriendo—. Supongo que lo que se requiere para ese trabajo no es un sexo determinado, sino una determinada claridad de juicio. Además de una considerable cultura básica, información masiva y capacidad analítica.

—No me he examinado nunca tan a fondo —volvió a reír la periodista que ostentaba el Premio Pulitzer—. Pero quizá sí reúna todas esas condiciones, capitán. Lo cual, a usted, le sorprende en una chica bonita, ¿verdad?

—¡No, no, por favor! Los tiempos en que se consideraba que una chica bonita tenía que ser tonta han quedado muy atrás, señorita Montfort.

—Muy amable.

Quedaron de nuevo silenciosos. Jones conducía en silencio, mirando de cuando en cuando por el retrovisor a Brigitte, que contemplaba el paisaje, como abstraída, entornando un poco los párpados para proteger los ojos del sol, que comenzaba a declinar.

De pronto, miró a Appleby, que la contemplaba como fascinado, y sonrió.

—Bien —preguntó—: ¿cuándo piensan ustedes matarme?

Capítulo III

Cyril Appleby respingó al oír aquello, y abrió mucho los ojos. Delante, el sargento Jones lanzó una exclamación ahogada, y sus ojos se redondearon mucho, para mirar, una vez más por el retrovisor, a la pasajera.

Esto duró una fracción de segundo. Inmediatamente, el capitán Appleby movió su antebrazo derecho, y algo cayó en su mano; se oyó un chasquido, y la hoja de la navaja de resorte apareció, reluciente. Echó la mano hacia atrás y a un lado, fijando su mirada en la delicada garganta de Brigitte Montfort, concentrando su atención allí, donde iba a descargar el tajo…

La manita izquierda de Brigitte apareció, sosteniendo su pistolita de cachas de madreperla.

Appleby respingó de nuevo.

Jones volvió a lanzar una exclamación.

Plof, sonó levemente el disparo efectuado por Baby.

La bala dio en la frente de Cyril Appleby, echando la cabeza hacia atrás con escasa fuerza mientras recorría el corto trayecto desde la frente del hombre hasta quedar alojada en el cerebro.

Para entonces, casi tan veloz como aquella diminuta bala mortífera, Brigitte se había vuelto hacia el asiento delantero, y la pistolita se apoyó en la nuca de Jones.

—Siga conduciendo —sonó fría, ahora, la voz de la angelical periodista—. Con las manos sobre el volante; las dos, quiero decir. Y usted me entiende, sargento Jones.

El rostro de Jones se había demudado, sus manos se crispaban sobre el volante. De nuevo miró un instante a Brigitte por el retrovisor. Luego, a Appleby, que yacía recostado en el ángulo del asiento, con la boca crispada, los ojos abiertos, bizqueando ligeramente hacia arriba, como queriendo ver aquel pequeño orificio en su frente por el cual había escapado su vida. Un orificio

tan, tan pequeño, que ni siquiera brotaba sangre de él; sólo una discreta supuración oscura.

—Salga de la autopista —siguió ordenando Brigitte—. Vamos a tomar cualquier carretera secundaría que nos lleve al campo, para conversar tranquilamente, sargento. Por cierto: sargento… ¿de qué? ¿De asesinos?

Jones se pasó la lengua por los labios, y no contestó. Un par de minutos más tarde, abandonaban la autopista.

—¿Eran ustedes los que iban en el «Comet» azul hace unas treinta horas, cerca del aeropuerto de Nueva York? —preguntó Baby.

—No sé de qué habla —susurró Jones—. Lo que usted ha hecho…

—No diga tonterías. Lo que yo he hecho ha sido conservar mi vida a cambio de otra que vale infinitamente menos. O así lo pienso yo. ¿Quién les ha ordenado matarme? ¿Por qué?

—¡Usted no sabe lo que dice! —jadeó Jones.

—Le voy a convencer pronto de lo contrario, sargento. Vamos a parar en un sitio discreto, y usted va a comprobar cuán equivocados estaban al querer molestar a una desvalida joven. Salga de esta carretera en cuanto vea otra menos importante.

—Está loca… ¡Ha matado al capitán Appleby, y esto…!

—¡Deje de decir estupideces! ¡Y haga lo que le he ordenado!

Jones tragó saliva, y comenzó a mirar con expresión desorbitada hacia atrás, siempre por el espejo retrovisor. Desde su posición, Brigitte no podía ver lo misma que el negro utilizando el retrovisor, así que volvió un instante la cabeza…

Al mismo tiempo que lanzaba una exclamación al ver el «Comet» azul tras ellos, Jones metía el pie en el freno con tal fuerza, que el coche quedó como clavado al asfalto. El frenazo fue tan brusco, tan violento, que Brigitte salió disparada hacia delante, rebasando el respaldo de asiento de Jones y golpeándose de cara contra la espalda de éste, que a su vez se golpeaba, también de cara, contra el cristal parabrisas.

El rebote favoreció a Jones. Mientras Brigitte iba a parar al fondo del asiento, rebotaba de nuevo hacia delante, y caía de rodillas entre ambos asientos, Jones chocó con el respaldo de su asiento, pero conservando ya una posición estable al poder sujetarse

al volante.

Inmediatamente, abrió la portezuela, y saltó del coche, volviéndose hacia el «Comet» azul, alzando los brazos y acudiendo a su encuentro, gritando.

Encuentro que fue inmediato, y, evidentemente, desagradable para el sargento Jones… Mientras Brigitte, un poco aturdida, tanteaba en el piso del coche en busca de su perdida pistolita, el «Comet» embistió a Jones lanzado a toda velocidad, alcanzándolo de lleno.

Fue escalofriante.

Se oyó el crujido de huesos, el alarido, el crujido metálico, y el chirriar de los neumáticos en el asfalto, mientras Jones salía despedido hacia arriba y adelante, como si fuese un liviano muñeco, desarticulado, roto por todas partes…

Casi quince metros más allá, el «Comet» quedó frenado, por fin, tras dejar en el asfalto las oscuras marcas de los neumáticos. Inmediatamente, regresó con marcha atrás, hacia el coche en el que Brigitte, por fin, todavía no muy segura de lo que había pasado, encontraba su pistolita y se disponía a salir del coche.

Alzó vivamente la cabeza, y vio el «Comet» acercándose de espaldas, y ya iniciando un nuevo frenado. Por la ventanilla apareció un brazo izquierdo, armado con una pistola… Brigitte lanzó una exclamación ahogada, y desistió de salir del coche. Un segundo más tarde, el «Comet» se detenía, y, como en una visión fugacísima, de milésima de segundo, la espía vio tres hombres en su interior: uno al volante, y dos en el asiento de atrás, uno sacando ya el brazo armado, el otro a su izquierda, también con una pistola…

Los tres eran chinos.

Pero, la fotografía que estaba tomando Brigitte no admitía más tiempo de exposición. Fue visto y no visto. Alzó la pistolita, y disparó contra el chino zurdo. De nuevo con aquella rapidez fotográfica, vio la brusca distensión de su rostro, y cómo el ojo derecho estallaba, mientras el otro se desorbitaba; también, siempre en milésimas de segundo, vio el rostro del otro chino del asiento de atrás, crispado, y vislumbró el movimiento de su brazo para sacar la mano armada por el hueco de la ventanilla.

Tuvo el tiempo justo de encogerse de nuevo hacia el fondo del asiento. Oyó el apagado *plop* del disparo, y el impacto blando de la

bala en el cuerpo de Appleby tras pasar por encima de ella.

Retrocedió rápidamente, abrió la portezuela de aquel lado, y saltó al arcén. Tras ella oyó claramente las palabras, en chino, y sin detenerse a pensarlo, se lanzó lejos de la carretera, por entre los arbustos y los pinos, volviendo la cabeza.

El chino, que hasta entonces no había visto bien, y que por lo tanto debía ser el que conducía el coche, había abandonado este puesto, y rodeaba el «Comet» por delante, sacando una pistola, corriendo dispuesto a alcanzarla.

La espía se volvió completamente, apuntó un instante, y disparó.

Oyó perfectamente el aullido del chino, y le vio llevarse las manos a la parte inferior izquierda del tórax, y caer de rodillas. Al mismo tiempo, oía el chasquido de una portezuela al ser cerrada.

Dio de nuevo media vuelta, y continuó corriendo hacia el interior del bosquecillo. Si querían cazarla, que arriesgasen algo, que persiguiesen a la pantera… Pero, sólo unos metros más allá, se detuvo, conteniendo el jadeo. Se volvió, y vio el «Comet» arrancando y pasando segundos después por encima del cadáver del ya machacado sargento Jones.

En brevísimo espacio de tiempo, el «Comet» azul, en cuya matrícula había un 8, y además, a continuación, la cifra 72, se perdía en la distancia, antes de que Brigitte pudiese ver nada más.

El jefe del coche patrulla se quedó mirando atentamente, al resplandor de las luces del coche, al hombre que acababa de caminar, cojeando ligeramente, hacia él, haciendo un gesto de que podía partir.

—Entonces, señor… ¿todo está bien? —murmuró.

El hombre cojo, de gran cabeza con melena de león y rasgos viriles, sólidos, herméticos, asintió, y pareció que los largos cabellos flotasen.

—Así es. Pueden ustedes retirarse: nosotros nos encargaremos de todo.

Al decir nosotros, dijo bien, porque no había llegado solo, sino acompañado de varios hombres, distribuidos en dos coches, y que se habían apresurado a acotar la zona, mientras dos de ellos, tras mirarlo torvamente, le arrebataban a la prisionera y la llevaban hacia el bosquecillo, en el cual la oscuridad era total. Hacia allí, hacia la oscuridad, señaló el jefe del coche patrulla.

—¿Y la señorita? —se interesó.
—Olvídela.
—¿Que la olvide? Bueno, es evidente que…
—Olvídela. Es más, deben usted y sus dos compañeros olvidar este incidente, de un modo completo, total. Dentro de un par de horas, sus superiores recibirán las pertinentes instrucciones en este sentido, procedentes de la CIA. ¿Lo entiende?
—Claro que sí —refunfuñó el patrullero.
—Pues eso es todo.
Dicho esto, *mister* Cavanagh, jefe del Grupo de Acción de la CIA, dio media vuelta, y emprendió el regreso hacia el interior del bosquecillo, siempre cojeando ligeramente. Unos metros hacia dentro, sentada en el suelo en compañía de dos agentes de la CIA, la señorita Montfort esperaba, mirando hacia la carretera, donde los hombres de la CIA realizaban su trabajo.
—Ya está arreglado —dijo Cavanagh.
Brigitte y los dos Simones se pusieron en pie.
—Pude haberme marchado —dijo ella—, y así habría evitado el contacto con los patrulleros, pero preferí llamarle y esperar aquí para que nadie tocase nada, señor.
En la oscuridad, diluida por el resplandor de las luces cercanas de los coches, *mister* Cavanagh mostró un leve gesto de asombro al replicar:
—Si a usted le pareció bien así, no hay nada que discutir, naturalmente.
—Gracias. Quisiera ir ahora a la Central. Supongo que podremos disponer inmediatamente del mejor dibujante.
Uno de los agentes de la CIA exclamó:
—¿Piensa dictar el rostro de un chino?
—¿Por qué no?
—Bueno… Dicen que son todos iguales, ¿no es así?
—Tonterías —replicó Brigitte—: por muy chino que sea, cada cual tiene su cara, sus propias facciones.
—Apuesto cinco dólares a que ella lo consigue —dijo el otro Simón.
—Van apostados —dijo el primero.
—Yo también apuesto a mi favor —dijo Baby.
Rieron los tres, mientras Cavanagh se limitaba a sonreír. Hacía

ya mucho tiempo que había comprendido que apostar contra la agente Baby era un modo seguro de perder. Señaló hacia la carretera.

—Vayan a por el coche. Colóquenlo ahí delante.

Los dos agentes se alejaron. Brigitte y Cavanagh quedaron en silencio, unos segundos. De pronto, ella musitó:

—Lo sorprendente del caso es que no buscaban a la agente Baby, señor, sino a la periodista Brigitte Montfort. Estoy segura de ello, porque me trataron como si fuese poco menos que una minusválida en cuestiones de esta clase. Una chica inteligente, pero nada más. Si hubiesen sabido que yo era Baby jamás me habrían tendido una trampa tan burda, tan ingenua: la señorita Montfort podía creer que eran enviados del general Craine, pero la agente Baby, sobre todo después del atentado de ayer, tenía que comprender que era una trampa. ¿No le parece?

—Estoy convencido de ello. Y cada día siento más curiosidad por saber cómo se las arregla usted para introducirse en los asuntos antes de que éstos se pongan en marcha.

—¿Qué quiere decir? —se sorprendió Brigitte.

—Tres de los científicos que han participado en la preparación de este programa de Armas Incruentas, han desaparecido.

La espía lanzó una exclamación:

—¡No sabía eso!

—Yo lo sé hace unas pocas horas. El caso fue atendido inmediatamente por el FBI. Luego, establecimos la colaboración.

—Pero… ¡usted no me avisó de eso!

—En primer lugar, sea lo que sea que haya ocurrido, ha ocurrido en Washington, y tras establecer la colaboración con el FBI he estado ocupado. En segundo lugar, sabía que la vería a usted mañana en la conferencia.

—Sí, claro… ¿Han querido matar a algún periodista, aparte de mí, o a alguien relacionado con la conferencia?

—No. Simplemente, tres de los científicos han desaparecido. Por lo demás, todo está en calma…, excepto estos dos atentados contra usted. Ahí está el coche.

Fueron hacia el coche. Cavanagh abrió la portezuela de atrás, y Brigitte entró, pensativa. Todavía dio Cavanagh algunas instrucciones a los hombres que quedaban, antes de acomodarse

junto a Brigitte. El coche partió, hacia Langley. Cavanagh miró de reojo a la espía, pero permaneció en silencio al comprender que ella estaba reflexionando.

—¿Por qué a mí? —preguntó de pronto Brigitte—. ¿Por qué han querido matarme, precisamente a mí? Desde luego, no lo han hecho porque sepan que soy Baby, estoy segura de eso. Han querido matar a la periodista Brigitte Montfort… ¿Por qué?

—Estoy convencido de que usted puede encontrar las mismas hipótesis que yo podría ofrecerle. La principal y lógica de ellas es que, por lo que sea, la supervivencia de usted preocupa a alguien. Y puede haber muchas razones para ello… ¿Qué ha estado usted haciendo como Brigitte Montfort, estos últimos días?

—Nada. Uno estaba en casa, y, prácticamente, no hemos salido, hasta ayer, que le acompañé al aeropuerto…

Brigitte quedó bruscamente silenciosa. Cerró los ojos, y eso fue todo. Simón, que estaba vuelto en el asiento delantero contiguo al de su compañero que conducía, miró a Cavanagh. Éste se llevó un dedo a los labios, y se limitó a encender un cigarrillo, tras ofrecer a su subordinado.

El coche siguió rodando, casi silencioso el poderoso motor.

Inmóvil en su asiento, siempre con los ojos cerrados, la agente Baby estaba proyectando en su mente la película de sus recuerdos de los últimos días. Como auténticas imágenes fotográficas, las escenas se sucedían unas a otras, velozmente. Era igual que haber puesto, en marcha la memoria de una computadora, que para dar una respuesta correcta recurre a toda la información anteriormente recibida… Por insignificante que fuese, la información *tenía* que estar en la computadora. Y si estaba allí, la memoria la encontraría.

Pensamiento tras pensamiento, imagen tras imagen, la mente de Baby Montfort fue recomponiendo su vida durante los últimos días. Como en un juego de rompecabezas, todo iba encajando. La memoria llegó al aeropuerto John F. Kennedy. Número Uno iba a facturar su reducido equipaje, y ella le esperaba. Hombres. Hombres alrededor. Los cigarrillos se le han terminado. Va a una de las máquinas, echa una moneda, aparece el paquete, se vuelve para regresar adonde Número Uno sabe que ella le está esperando. En esa vuelta, en ese lento giro, su mirada pasa sobre dos hombres…, se detiene y regresa un instante: son un chino y un blanco, que

están conversando y mirándola. Brigitte Montfort desvía la mirada, y regresa hacia…

Abrió de pronto los ojos.

—El chino estaba en el aeropuerto.

Simón se volvió vivamente, y Cavanagh la miró expectante.

—¿Está segura?

—Sí —Brigitte se tocó la frente con un dedito—: acaba de aparecer en la película. ¿Cómo no lo recordé al verlo en el coche? Supongo que fue por la tensión del momento pues me iba a disparar. Es más, lo hizo… Pero ese chino estaba en el aeropuerto.

—¿Cuál de los tres?

—Debían estar los tres… Dos de ellos debían estar en el coche, y el tercero estaba en los vestíbulos del aeropuerto… Estaba hablando con un hombre. Un blanco. Yo los miré un instante, sin darles ninguna importancia, naturalmente. Ellos me estaban mirando a mí, pero tampoco le di importancia: todos los hombres me miraban, como auténticos tontos. Sí, los otros dos debían estar esperando al que hablaba con el blanco, en el vestíbulo… Y cuando la conversación con el blanco terminó, el chino fue al coche, me esperaron, y quisieron matarme allí mismo, en la autopista. El que yo recuerdo es el que iba en el asiento de atrás con el zurdo… El zurdo está muerto, eso es seguro. El que iba al volante, tiene que estar herido… Y el tercero, el que estaba hablando con el blanco en el vestíbulo del John F. Kennedy, está ileso.

—¿Conocía usted al hombre blanco que hablaba con él?

—No. Pero lo recuerdo perfectamente.

—Bien. Quizá fue el blanco quien le dijo al chino quién era usted.

—Quizá. Pero ¿por qué podían querer matar a la periodista Brigitte Montfort? Si es por el asunto de las Armas Incruentas, no sé nada de nada, por el momento.

—Ellos tienen que pensar de otro modo —insistió Cavanagh—. No olvide que se interesaron por usted en Nueva York, la localizaron, y le tendieron la trampa al llegar aquí.

—¿Por qué aquí? Lo lógico habría sido que me atacasen, de nuevo, en Nueva York. ¿Por qué esperarme aquí? Además, si me esperaban, era que sabían que iba a llegar… Sí, debieron interesarse en el *Morning News*, claro…, y les pareció cómodo y sencillo

meterme en un coche, llevarme a cualquier sitio solitario, y coserme a puñaladas. Iban tan confiados, que ni siquiera llevaban pistolas, que, por otro lado, habrían resultado comprometedoras si las hubiesen llevado bajo el uniforme, y… llamativas si me hubiesen recibido… oficialmente armados. Decidido: querían matar a la periodista; no a la espía.

—La pregunta es: ¿por qué?

—Evidentemente, porque vi juntos al chino y al blanco en el aeropuerto. El blanco le dijo al chino quién era yo, y decidieron matarme. Yo no conocía al blanco, pero él a mí sí… ¿Qué podía temer ese hombre blanco de mí?

—Quizá lleguemos a saberlo, si llegamos a saber quién era él —musitó Cavanagh.

—Y también el chino —dijo Simón—. Me parece que el dibujante va a tener mucho trabajo, esta noche.

—Empezaré por el blanco —asintió Brigitte—. Supongo que tendremos más posibilidades de localizarlo a él que al chino. Lo siento por el dibujante, pero, en efecto, va a tener mucho trabajo esta noche, porque quiero un retrato-robot perfecto.

Capítulo IV

El trabajo no es malo de por sí, sino en cuanto a sus consecuencias. Cuando se trabaja previamente desilusionado, y, además, el trabajo no rinde al hombre lo que necesita, el trabajo no es malo, no: es pésimo. Pero, cuando el trabajo interesa, y además, proporciona satisfacciones, se paga por sí mismo.

En aquella ocasión, el habilísimo dibujante de la CIA, no sólo estaba satisfechísimo por trabajar con Baby, sino que, además, se ahorró trabajo. Baby estaba a menos de la mitad del primer dictado para el boceto del rostro del hombre blanco del aeropuerto, cuando *mister* Cavanagh, que asistía interesado, lanzó una exclamación:

—¡No siga! Empiece inmediatamente con el chino.

—¿Qué ocurre? —alzó la cabeza Brigitte.

—Vuelvo en seguida.

Salió de aquella sala, y Brigitte y el dibujante, tras mirarse, asintieron.

—Será mejor que empecemos con el chino —dijo Brigitte.

—*Okay*.

Llevaban apenas cinco minutos trabajando con las facciones del chino del aeropuerto cuando *mister* Cavanagh regresó. Echó un vistazo al boceto inicial, movió negativamente la cabeza, y tendió un sobre a Brigitte. Del sobre, la espía sacó tres grandes fotografías. La primera de ellas era un primerísimo plano del rostro de un hombre. También la segunda. Y también la tercera…

Al ver ésta, Brigitte alzó vivamente la cabeza, para mirar a Cavanagh. Éste conocía tan bien a su mejor agente de acción, que captó la pregunta en el fondo de los azules ojos.

Y asintió:

—En efecto —murmuró—: las fotografías corresponden a los tres científicos de armamento incruento que han desaparecido.

Brigitte separó la tercera fotografía.

—Este es el hombre que estaba con el chino en el aeropuerto —dio la vuelta a la fotografía, y vio el nombre escrito en el dorso—: Robert Lambert. No, no lo conocía.

—Pues ahora ya lo conoce. Y evidentemente, él sí la conocía a usted. A la periodista, no a la espía.

—Acabo de salir de un pozo de excrementos, en Córcega, y ya me estoy metiendo en otro —susurró Brigitte—. Está bien: seguiré con el chino.

—Voy a dar órdenes para que se inicie inmediatamente una investigación sobre estos tres hombres. Hasta luego.

El dibujante no comprendió nada de nada, pero, entre *mister* Cavanagh y Brigitte no hacían falta explicaciones. Para ellos, la cosa estaba clarísima: Robert Lambert, científico norteamericano asignado por el Pentágono a la fabricación de armas incruentas, estaba en relaciones con el servicio secreto chino. Se había citado con un agente chino en el aeropuerto de Nueva York, y, cuando estaba conversando con éste, aparece la señorita Montfort, que los mira… La famosa periodista Brigitte Montfort, sobre la cual, Robert Lambert sabe perfectamente qué es uno de los pocos periodistas invitados a la conferencia proyectada para dos días más tarde. Robert Lambert sabe que la señorita Montfort no le conoce; pero, dos días después, en el Pentágono, va a encontrarlo, lo va a ver allí, en la conferencia; y la señorita Montfort, al verlo, recordará haberlo visto antes, en el aeropuerto Kennedy, conversando con un chino…

Quizá la señorita Montfort no comentase esto con nadie, no le diese importancia. Pero… ¿y si lo hacía? ¿Y si comentaba con alguien que había visto a Robert Lambert con un chino, lejos de Washington? Solución al pequeño problema planteado: eliminar a la señorita Montfort. Lambert le dice al chino lo que ocurre, y emprende el regreso inmediatamente a Washington, en avión, tras la breve entrevista casual. En cuanto al chino, vigila a la señorita Montfort, la ve despedirse de un hombre, subir a su coche, emprender el regreso a Nueva York… Es un buen momento para librarse de la preocupación que significa la señorita Montfort…

—Y si el desaparecido Lambert está jugando sucio…, ¿por qué no hemos de pensar que lo están haciendo, también, los otros dos? —dijo Brigitte, en voz alta.

El dibujante, que esperaba pacientemente mientras la contemplaba extasiado, parpadeó, frunció luego el ceño, y dijo:

—Será mejor que nos dediquemos al dibujo. De lo demás, no entiendo nada de nada.

Pero de dibujo sí entendía, y lo demostró. Adaptándose trazo a trazo a las interminables exigencias de Baby, terminó su trabajo casi a las dos de la madrugada. Estaba en verdad cansado, pero, cuando vio la mirada de Brigitte Montfort fija en el retrato que había hecho del chino, se sintió suficientemente pagado.

—Esto no es un dibujo —la miró sonriente, Baby—: es una fotografía definitiva. Pase mañana por Administración: habrá un cheque de dos mil dólares para usted.

—Gracias —sonrió el dibujante—, pero ya estoy pagado.

—Lo celebro. Pero ese cheque le estará esperando.

El dibujante se rascó la coronilla y alzó las cejas.

—¡Bueno, demonios!; ¿por qué no? Dentro de quince días empiezo mis vacaciones, y, como el presupuesto no da para más, había pensado ir a Atlantic City. Ahora podré permitirme el lujo de ir a las Bermudas.

—Encantador lugar —rió la divina—. ¡Felices vacaciones!

El hombre vaciló, y sonrió de nuevo.

—Sería una tontería desearle lo mismo, ¿verdad? Desde que empecé a trabajar para la Casa, jamás he oído decir que Baby estuviese de vacaciones. ¡Buenas noches!

—Buenas noches. Y gracias.

Diez minutos más tarde, Brigitte entraba en el despacho de *mister* Cavanagh, el cual, sentado ante su mesa, alzó la cabeza. Al ver al visitante que ni siquiera había llamado a la puerta, se puso en pie.

—Tengo Café caliente —dijo.

—Estupendo. Yo tengo una fotografía. Y digo una fotografía, no un dibujo-robot. ¿Cómo va todo?

—En marcha, simplemente. Estamos rastreando a los supuestos capitán Appleby y sargento Jones, que, por cierto, no llevaban encima ninguna documentación. Quizá consigamos algo con sus huellas digitales; el FBI está colaborando. Mientras tanto —Cavanagh tendió una taza con café a Brigitte—, veamos si sacamos algo en claro de esta fotografía.

Brigitte la cambió por la taza de café, y se sentó en un sillón. Bebió un sorbo de café, y miró de nuevo a Cavanagh. Iba a decir algo, pero se quedó mirándolo muy interesada: *mister* Cavanagh era un hombre de rostro impenetrable, ciertamente, pero no para la espía que muchos años atrás le había salvado la vida en Buenos Aires.

—No me diga que también conocemos al chino —exclamó.

—Puedo estar equivocado —vaciló—, pero juraría que conozco este rostro. Quédese aquí: yo vuelvo en cinco minutos.

Tardó seis minutos en regresar, cuando Brigitte estaba terminando un cigarrillo y la segunda taza de café. Nada más ver el gesto de Cavanagh, comprendió, y tendió la mano, en silencio, hacia la carpeta que éste portaba.

Conocían al chino. En la auténtica fotografía que había en el expediente, Brigitte lo reconoció al instante. Se llamaba Yei Si, y era un agregado a la delegación permanente china en las Naciones Unidas. Domiciliado en Nueva York, Clarion Hotel. Cuarenta y ocho años, soltero, definido en la cuarta categoría de la escala diplomática. Brigitte dejó el expediente sobre la mesa de Cavanagh, terminó el café, apagó el cigarrillo en el cenicero, y movió la cabeza.

—Demasiado fácil —murmuró.

—Y demasiado comprometido ir a detenerlo. Sobre todo, para usted. Si detenemos a Yei Si, acusándolo de intento de asesinato en la persona de la señorita Montfort, la vinculación de usted con la CIA quedará clarísima. Y cuando el Lien Lo Pou se ponga a pensar unos segundos en la facilidad con que la señorita Montfort ha salido bien librada de dos atentados, en lo mucho que viaja, en lo inteligente que es, en sus muchas y muy buenas relaciones de toda índole, y en muchas otras cosas, el servicio secreto chino llegará con toda facilidad a la conclusión de que Brigitte Montfort es la agente Baby. Considerando lo mucho que usted personalmente les ha estado perjudicando todos estos años, dudo mucho que viviese más de un par de días…, a menos que se recluyese voluntariamente en algún lugar seguro…, si es que existe ese lugar.

Brigitte se quedó mirando hoscamente el rostro fotografiado de Yei Si. Un rostro correcto, inteligente, agradable. El rostro de un agente del Lien Lo Pou chino. Matarlo sería tan fácil que incluso se

sintió disgustada. Podía hacerlo personalmente, o enviar a un par de Simones especializados, que cazarían a Yei Si en cualquier calle de Nueva York con toda facilidad, acribillándolo.

—Demasiado fácil —repitió—. Y, en efecto, comprometido para mí. Hay otro factor a tener en cuenta, además: si detenemos o matamos a Yei Si, se va a levantar una gran polvareda diplomática. Y quizá no tuviésemos tiempo de hacerle confesar lo que están tramando. Por supuesto, si lo matamos no lo sabremos jamás.

—¿Qué pueden estar tramando? —dijo, con cierto desprecio, *mister* Cavanagh—. Evidentemente, quieren estar al corriente de nuestras posibilidades en armamento incruento.

—¿Y han secuestrado a tres de nuestros científicos? ¿O le parece a usted que los tres son traidores, y que se han vendido a los chinos para informarles de todo lo que saben?

—Puede ser cualquiera de las dos cosas. Aunque si juzgamos por lo ocurrido a partir de que usted vio a Lambert con Yei Si en el aeropuerto Kennedy, debemos pensar que, cuando menos Lambert, se ha vendido. Y entonces…, ¿por qué no, también, los otros dos?

—En ese caso, China estará muy pronto al corriente de nuestros logros en armamento incruento, ¿no le parece?

—Sí —gruñó Cavanagh—. Sí, claro. De su mayor parte, al menos.

—¿Tenían… o tienen esos tres científicos alguna especialidad?

—La guerra meteorológica.

Brigitte *Baby* Montfort parpadeó, lentamente. La guerra meteorológica… Entre otras muchas cosas, esa clase de guerra implicaba que el país agresor podía provocar en el agredido graves inundaciones, o sequías espantosas, o diseminar en la atmósfera virus que podían provocar desde epidemias a simples… o graves depresiones anímicas. Incluso, como aquel maldito loco [1] que por fortuna ya estaba muerto, podían provocar lluvias atómicas…

—¿No están los chinos a nuestra altura en estas… posibilidades bélicas?

—Evidentemente, no. Podemos suponer, con toda lógica, que hasta el momento han concentrado sus esfuerzos en conseguir armamento nuclear, del que ya podemos llamar convencional.

—Y ahora quieren tener la posibilidad de iniciar una guerra meteorológica… Bueno, no debemos sorprendernos de que quieran

disponer de todo, ¿verdad?

—Claro que no.

La espía se puso en pie, tomó de la mesa el sobre que contenía las fotografías de los tres científicos desaparecidos, y los fue examinando detenidamente, uno a uno: Robert Lambert, Jan Fellows, Douglas Everitt. ¿Secuestrados? ¿O fugados voluntariamente, en cuyo caso era muy probable que estuviesen ya en ruta hacia China?

—¿Qué me dice de ellos? —susurró.

—Hasta el momento de su desaparición, han sido honestos y leales en todo momento.

—De donde debemos deducir que han sido secuestrados, no que se han pasado a los chinos.

—Sí.

—Entonces… ¿por qué Robert Lambert señaló mi presencia a Yei Si en el Kennedy? ¿Y qué hacía allí con el chino?

Mister Cavanagh no contestó. Brigitte dejó las fotografías, fue al sofá, y se tendió en él, cerrando los ojos. Cavanagh se acercó, y se quedó mirándola, no demasiado sorprendido porque la espía más peligrosa del mundo se hubiese dormido en cuestión de segundos.

—Brigitte.

Brigitte abrió los ojos, se sentó en el sofá, y entonces Cavanagh pudo hacerlo, a su lado, tendiéndole una cuartilla mecanografiada. Las persianas del ventanal estaban entornadas casi hasta el cierre total, pero se veía ya la luz del sol en las rendijas. La espía miró su relojito: eran las siete y veinte de la mañana.

Cavanagh le mostró la cuartilla.

—Hemos identificado al negro, al sargento Jones. Estuvo en la U. S. Navy.

—¿Y el otro, el capitán Appleby?

—Me temo que de ése no tenemos nada. El informe nos ha sido facilitado por el FBI. El negro se llamaba, en realidad, Thomas Marley, y su último domicilio conocido era en Nueva York, en Harlem, desde luego. Nos dicen los del FBI, que han solicitado a su Delegación de allá un informe urgente sobre Thomas Marley. Es muy posible que lo tengamos, antes del mediodía.

—Bien. Mientras tanto, creo que debo asistir a la conferencia

sobre… ¿No?

Cavanagh dejó de mover negativamente la cabeza.

—Ha sido suspendida… indefinidamente.

—Me parece lógico. Supongo que sabemos algo de nuestro amigo Yei Si.

—Pitzer y sus hombres se han encargado de eso: Yei Si está en su hotel. Cabe suponer que muy pronto leerá el periódico… Debemos esperar, con cierta lógica, que se decida por el *Morning News*.

—Eso quiere decir que ha arreglado usted lo de mi desaparición.

—Desde luego. Mientras usted dormía, me he ocupado de todo. Esta mañana aparecerá en su periódico la noticia: la señorita Montfort fue objeto, en la tarde de ayer, a su llegada a Washington, de un extraño atentado.

—Dígame exactamente cómo lo han preparado.

—Bien… La noticia indica que la fueron a esperar dos hombres que simularon ser militares, y que la llevaron en un coche a un lugar con el fin de obtener de usted determinada información, y que, al decir usted que todavía no sabía nada sobre la conferencia, la amenazaron con navajas. Usted, que llevaba una pistola que le había prestado un amigo para utilizarla en cierta espectacular demostración durante la conferencia, se defendió, sorprendiendo a los dos falsos militares… Disparó contra uno de ellos, hiriéndolo. El otro, un negro que al parecer tampoco llevaba más armas que una navaja, salió corriendo del coche, y corrió hacia el otro, que lo atropelló. El coche volvió hacia atrás, y usted, asustada, volvió a disparar, salió del coche para huir, y cuando vio que la perseguían, disparó contra otro hombre… Luego, el coche se fue. Y usted estaba tan asustadísima que ni siquiera se fijó en el coche, ni en que los atacantes eran chinos… Como el que mató se lo llevaron, no hay problema en este sentido…

—Eso quiere decir que Yei Si debe estar tranquilo.

—Esperamos que sea así. De otro modo, es muy posible que intentase salir de Estados Unidos. En cuyo caso, habría que detenerlo…, con lo cual, se complicarían mucho las cosas.

—Bien. ¿Qué más?

—Pues, al poco de ocurrir eso, apareció un coche de la Patrulla de Caminos, que se hizo cargo de todo, avisando a la Policía. En

estos momentos, se supone que, muerto el falso militar de raza negra, el falso oficial blanco está en la misma clínica que usted: él, malherido por su disparo, y usted con una herida de navaja de escasa gravedad. Usted seguirá en la clínica, cuyo nombre no se ha revelado, vigilada por la policía. En cuanto al oficial blanco, morirá esta noche, debido a la herida. Por supuesto, ni el blanco ni el negro serán identificados, ni habrán podido hablar.

—Parece perfecto… Sólo falta saber si Yei Si tragará esa mentira.

—¿Qué otra cosa puede hacer? En definitiva, lo que le causará más inquietud será la supervivencia del oficial blanco, pero se tranquilizará mañana, cuando lea que ha muerto sin decir nada.

—Mientras tanto, yo seguiré internada en la clínica sin que nadie sepa cuál es, y herida de tan escasa gravedad, que incluso me permito el lujo de ir enviando artículos al *Morning News*… ¿No es eso?

—Exactamente. Es decir que, oficialmente, usted está fuera de circulación. Y nadie sabe en realidad qué pasó.

—Esperemos —musitó Brigitte— que Número Uno permanezca ignorante de estas noticias… el tiempo suficiente.

—¿Qué quiere decir?

—Él recibe diariamente el *Morning News*, por avión. El ejemplar de hoy, lo recibirá mañana.

—¿Y usted cree que habrá terminado este asumto antes de que él reciba ese ejemplar? —se pasmó Cavanagh.

—Francamente, no. Le avisaré… No hay más remedio.

—Podemos utilizar los…

—No. Lo haré particularmente. Vaya… No me gusta esto, Simón.

Mister Cavanagh frunció el ceño; no le gustaba Baby le llamaba así…, sencillamente, por la razón de que, al hacerlo, recordaba que él ya no estaba en activo. Claro que de eso hacía ya tantos años…

—¿Qué es lo que no le gusta?

—Que cuando esto termine, tendré que dar muchas explicaciones sobre lo que me ha ocurrido.

—¡Oh, bueno…! Estoy seguro de que eso no representará dificultades excesivas para usted; bastará uno de sus interesantes artículos…, siempre y cuando no mencione a los chinos para nada. Y asunto resuelto.

—Está bien. Supongo que ahora no tenemos más remedio que esperar noticias de la Delegación del FBI en Nueva York.

—Así es.

Las noticias de la Delegación del FBI, en Nueva York llegaron a las doce y veinte de la mañana, y fueron detenidamente leídas y estudiadas por la agente Baby y el jefe supremo del Grupo de Acción de la CIA.

—Han hecho un buen trabajo con este rastreo de Thomas Marley —murmuró Cavanagh.

Brigitte Montfort permaneció pensativa durante casi un minuto. Luego, dijo:

—Que suba McGee, con unas cuantas dosis de *Blackcolour*.

Capítulo V

Cynthia Marley oyó la llamada a la puerta de su apartamento en Harlem, y volvió la cabeza vivamente, muy abiertos los ojos, sobresaltada. Estuvo tentada de no contestar, pero en el acto comprendió que eso era inútil: ya era de noche, y desde la calle debían haber visto luz en su ventana, y ahora, quienquiera que fuese el visitante, debía estar viéndola por debajo de la puerta.

También estuvo tentada de, simplemente, escapar por la escalera de incendios, pero la contuvo el pensamiento de que si era quien temía, ya habrían previsto aquello… ¡Y todo por esperar a que fuese de noche para escapar!

Estaba tan paralizada de miedo, que le costó un gran esfuerzo caminar hasta la puerta.

—¿Quién es? —preguntó con voz aguda.

—Soy Madge… —contestó una voz femenina.

«¿Madge? ¿Quién era Madge?», pensó Cynthia.

—¿Quién? —insistió.

—Madge. Quiero ver a Thomas.

Tras breve vacilación, mientras se tranquilizaba por el hecho de que no fuese la visita temida, Cynthia Marley abrió la puerta… Y se quedó atónita, contemplando a la bella muchacha negra que había en el pasillo. De buena estatura, de formas magníficas, vestida con cierta elegancia. Tenía los ojos muy grandes, negrísimos, y el cabello, igualmente negrísimo, era largo, y no rizado, sino suavemente ondulado. Era guapísima.

—Thomas no está —susurró Cynthia.

—¿Dónde está? —preguntó la visita.

—No sé… No lo sé. Por ahí. Él siempre está por ahí.

La guapísima negra miraba con cierta animosidad a Cynthia cuando murmuró:

—¿Es usted su mujer?

—No —se sorprendió Cynthia—. No, no. Thomas no está casado. Yo soy la mujer de Jason, su hermano.

—Pues pronto seremos cuñadas —refunfuñó la bella Madge, apartando a Cynthia y entrando en el pequeño y sórdido apartamento—. Me he propuesto esperar a Thomas, hasta que aparezca. Esto tenemos que solucionarlo de un modo u otro.

Cynthia volvió a vacilar. Por fin, cerró la puerta, y miró a Madge, que miraba a su alrededor con gesto un tanto agrio.

—¿Qué es lo que hay que solucionar? —murmuró Cynthia.

—Estoy embarazada.

—¡Oh…! —parpadeó Cynthia.

Madge fue a sentarse en el mugriento sofá, abrió el maletín forrado de raso negro, y sacó cigarrillos. Encendió uno y cruzó las esbeltísimas piernas. Cynthia estaba atónita. Cuanto más miraba a Madge, más bonita le parecía…

—Se lo dije hace una semana —refunfuñó Madge, expeliendo humo—, y él dijo que buscaría una solución aceptable. Desde entonces, no he vuelto a saber nada de él.

—¿Quiere decir… que está esperando un hijo de Thomas?

—Naturalmente. ¿Qué otra cosa? Y ese sinvergüenza va a tener que ayudarme, sea como sea. Puede que no quiera casarse, está bien… Pero tiene que conseguirme dinero para un buen médico y un tiempo de reposo. ¿Está claro?

—¡Sí! ¡Sí, sí, lo entiendo! Bueno, no sabía… Thomas *no nos ha* hablado nunca de usted.

—Pues podría haberles contado muchas cosas —dijo, secamente, Madge—. No es que esto me importe demasiado, pues lo solucionaré de un modo u otro, pero no me gusta que me dejen en la estacada después de haber sido amable con un hombre. ¿Lo entiendes, Cynthia?

—¡Sí, claro!

—Bien: ¿dónde está Thomas?

—Ya te he dicho antes que no lo sé.

—Seguramente, estará con tu marido. Y no me digas que tampoco sabes dónde está tu marido.

—No… No lo sé.

Madge se dejó el cigarrillo en los labios, que no eran tan gruesos como los de Cynthia; se quedó mirando a ésta, tras entornar los

párpados e inclinar la cabeza a un lado.

—¿Te ocurre algo? —musitó—. Pareces asustada. Y no creo que haya para tanto: sólo quiero saber dónde está tu cuñado, no tu marido… Con Jason no tengo nada, mujer.

—No sé dónde está ninguno de los dos.

Madge se quitó el cigarrillo de los labios.

—Estás asustada —insistió—. Muy asustada. ¿Pasa algo?

—No… No.

—¿No? Bueno, entonces supongo que no te importará que me quede aquí a esperar a Thomas.

—No sé cuándo vendrá. A veces, pasa días sin aparecer… Además, tengo que salir.

Madge miró su relojito, y frunció el ceño.

—¿Ahora? ¿No esperas a tu marido?

—¡Oh!, es que Jason no…, no va a venir esta noche. Tiene trabajo… El turno de noche.

—El turno de noche… ¿en qué? ¿Dónde trabaja?

—Sé que no vendrá —Cynthia señaló el teléfono—. Me llamó, antes, para decírmelo.

—¿Y adónde vas tú sola por la noche?

—¡No tengo que explicarte lo que hago! —exclamó Cynthia.

Madge miró sus manos, que temblaban visiblemente. Cynthia se retorcía los dedos, y miraba a todos lados, como acorralada.

—¿Desde dónde te ha llamado tu marido? —preguntó suavemente.

—Supongo que desde el trabajo…

—Claro. ¿Y qué te ha dicho exactamente?

—¡No tengo por qué contestar a tus preguntas! ¡Y quiero que te marches ahora mismo…!

—Tranquilízate. Quieren mataros a los dos, ¿no es eso?

El negro rostro de Cynthia perdió buena parte de su color. De nuevo desorbitados los ojos, se quedó mirando a Madge, sin aliento para contestar. Madge apagó el cigarrillo en un cenicero lleno de colillas, rebosante hasta el punto de que algunas, y buena parte de la ceniza, caían sobre la mesita.

—Si quieres —dijo—, puedo marcharme ahora mismo. Cynthia. Pero piénsalo bien: soy la única persona que puede ayudaros en estos momentos.

—¿Ayudamos? ¿Tú?

—¿Has visto ya a alguno de los hombres que quiere mataros?

Cynthia abrió la boca, con gesto agresivo. De pronto se dejó caer en el sofá, junto a Madge, y tras escondió el rostro entre las manos, comenzó a sollozar.

—¿Has visto algo?

—¿Has visto a alguno, o no? —insistió Madge.

Cynthia movió negativamente la cabeza. Madge encendió otro cigarrillo, la tocó en el hombro, y se lo ofreció.

—Te llamó tu marido para decirte que tenías que escapar, y reunirte con él en algún sitio determinado ¿no es así? —prosiguió, implacable.

—Sí… Sí.

—¿Te dijo que había sucedido algo con Thomas, y que ahora querían matarlo a él?

—Sí…

—Pero él pudo escapar, y luego ha conseguido avisarte. Teme que vengan a buscarlo aquí, y que te maten a ti, después de obligarte a decir dónde está. De modo que tienes que salir de aquí, despistar a quienes te sigan si han preferido ese método, y reunirte con él.

—¿Cómo puedes saber…? —exclamó Cynthia.

Madge la atajó con un gesto.

—Te voy a ayudar…, pero tendrás que ayudarme, tú también, a mí. ¿Cuándo te llamó tu marido?

—Hacia las cuatro de la tarde…

—Seguramente, está acosado. Pero ha conseguido esconderse, de momento, burlando a sus perseguidores. Incluso es posible que los haya despistado completamente. Entonces, por fin, te ha llamado, y te ha dicho que cuando fuese de noche escapases… ¿Es así?

—¡Sí! ¡Sí, sí!

—¿Te ha dicho que han matado a Thomas?

De nuevo se desorbitaron los ojos de Cynthia.

—¡No! —gimió—. ¡Oh, no!

—Sí. Esta mañana, en determinado momento, tu marido vio el periódico, y leyó cierta noticia. Comprendió que el negro muerto era su hermano Thomas. Se dieras cuenta de que él había leído la noticia, y quisieron matarlo, como habían hecho con Thomas para

impedir que hablase, como venganza al comprender que sus mismos jefes habían eliminado a su hermano, con el coche…

—No sé de qué hablas… ¡No te entiendo!

—¿No te dijo tu marido que, últimamente, le había salido un trabajo con el que iba a ganar mucho dinero?

—Sí… Bueno, no dijo cuánto, pero sí, bastante… —Seguramente, era verdad, les habrían pagador Aunque yo me permito dudarlo. Dé todos modos, ciertas circunstancias han obligado a sus jefes a matar a Thomas, y ahora quieren hacer lo mismo con tu marido. Y como a él no lo encuentran, han venido a por En realidad, ya deberías estar muerta, Cynthia. Si no te han matado, todavía, es porque han preferido el sistema más cómodo: te vigilan, y cuando te reúnas con tu marido, os matarán a los dos. Y asunto terminado. ¿Dónde está Jason? ¿Puedes llamarlo por teléfono?

—No… No, de verdad.

Madge se pasó una mano por la barbilla, lentamente, muy pensativa. Cynthia observaba sus redondas facciones, su nariz un tanto dilatada, la firme barbilla con un hoyuelo vertical…

—Si haces lo que te ordene —dijo de pronto Madge—, puedo garantizarte que tu marido y tú, saldréis vivos de esto. ¿Hay azotea en este edificio?

—Sí.

—Bien. Escúchame atentamente, Cynthia…

El negro cruzó rápidamente la calle cuando vio aparecer a la hermosa negra en el portal. Ella se detuvo en el centro de la acera, y miró a derecha e izquierda, como indecisa. En el momento en que tomaba una decisión respecto al camino a seguir, el negro llegaba junto a ella, y la tomaba de un brazo, con la mano izquierda.

—Tú no vives en este edificio —dijo—. ¿A quién has venido a ver?

Madge lo miró de arriba abajo, despectivamente. Luego, pretendió soltarse el brazo de un tirón, pero no lo consiguió. Lo que sí consiguió fue que los dedos del hombre la sujetasen con más fuerza, como si fuesen unas tenazas.

—¿Has venido a ver a los Marley?

—¡Suéltame! —dijo, ásperamente, Madge.

—Te vi entrar hace unos minutos, y vine a ver adónde ibas. Me

pareció que subías al segundo piso… ¿Has visto a los Marley?

—No he visto a nadie. Y usted no sabe si yo vivo o no vivo aquí. Si no me suelta…

—Escucha, preciosa: es cierto que no sé si vives o no vives en este edificio, pero con sólo verte, se comprende que vives en un sitio mejor. Has venido a ver a alguien. ¿A quién?

—Está bien… A los Marley, sí. ¿Tiene eso algo de malo? Hace tiempo que somos amigos. ¿Es que no se puede visitar a los amigos?

—¿Está Jason Marley arriba?

—Arriba no hay nadie —se iba irritando más y más la bella Madge—. He encontrado la puerta abierta, y he…

—¿Estás segura de que no hay nadie? ¿No está la mujer de Marley?

—Ya le he dicho que no hay nadie. Cynthia no está, ni tampoco Jason, ni Thomas. Así que he esperado unos minutos, pero ya no dispongo de más tiempo. ¿Quiere soltarme ya, por favor?

—Tengo una pistola en el bolsillo —susurró el negro—. Si no quieres que te meta una bala en la barriga, ahora mismo, ven conmigo. Y sin hacer tonterías.

Madge miró hacia el bolsillo derecho del negro. Se pasó la lengua por los labios, asintió con la cabeza, y comenzó a caminar, siguiendo la tracción de la mano del otro. Un poco más abajo, pegado al bordillo de la acera de enfrente, estaba el coche. El negro empujó a Madge a su interior, al asiento de atrás. Había allí otro negro. Y otro al volante.

—Pe… pero, ¿qué… qué pasa? —comenzó a asustarse Madge.

El negro entró tras ella, dejándola entre él y el otro.

—Dice que no hay nadie en el apartamento —gruñó—. Ha encontrado la puerta abierta…

—Hay luz en la ventana —gruñó, también, el otro.

—Debe haber dejado las luces encendidas. El caso es que la mujer de Marley se ha largado delante de nuestras narices.

—Ve a ver. Y baja por la escalera de incendios. Sam. Pretty tiene que estar vigilando allí, de modo que la mujer de Marley no ha podido salir sin que él o nosotros la viésemos. Ve a echar un vistazo.

El llamado Sam salió del coche, y poco después entraba en el edificio… Madge miró al negro que se sentaba junto a ella.

—¿Puedo sab…?

—¡Cierra la boca!

Madge cerró la boca.

Diez minutos más tarde, Sam regresaba, pero no saliendo por el portal, sino procedente del otro lado de la manzana. Le acompañaba otro negro, tan aparatosamente guapo que tenía que ser, forzosamente, el que llamaban Pretty [2] .

Entraron los dos en el coche, Sam junto a Madge, Pretty al asiento delantero. Se volvió, y se quedó mirando, atónito, a Madge.

—No hay nadie —farfulló Sam—. ¡Maldita sea, ésta ha dicho la verdad, Billy!

—¡La puta que los parió…! Naturalmente que Marley tuvo que llamar a su mujer, pero sabemos que ella estaba ahí arriba hace rato… ¿Cómo es posible que no la hayamos visto marcharse?

—Por la azotea —gruñó Pretty, todavía mirando atónito a Madge—. Porque te aseguro que por la escalera de atrás no ha bajado. Sam ha mirado en la azotea, y ha comprobado que es fácil saltar a otras.

—¡Fiuuu…! —silbó el chófer—. ¡Buena nos espera! ¡Debimos prevenir eso, también!

—Lo que debimos hacer era subir a buscar a la mujer de Marley y obligarla a…

—Esas no fueron las órdenes. Se nos ordenó discreción.

—Bueno, pues entonces la culpa no es nuestra, ¿verdad? Con la discreción, la mujer de Marley se ha largado. Claro, él debió darle instrucciones por teléfono… ¡Ya se las arreglará el jefe!

—¿Qué hacemos con ésta? —sonrió Pretty, señalando a Madge.

—Podemos hacer lo que todos estamos pensando, y luego la tiramos por ahí —dijo Sam, muy brillantes los ojos—. Aunque… Bueno, ella dice que es amiga de los Marley, así que quizá sepa dónde encontrarlos. ¿Cómo te llamas, preciosa?

—Madge. Y no sé dónde encontrar a Jason, ni a Cynthia, ni a Thomas… ¿Qué es lo que está pasando?

—Pues está pasando, encanto, que después de todo esto no podemos dejarte marchar —dijo Billy—. Vámonos de aquí, Clay.

—*Okay* —sonrió el del volante.

—¡Un momento! —respingó Madge—. ¿Adónde vamos? ¡Yo no…!

Su protesta se convirtió en un quejido cuando Billy le hundió brutalmente el puño en el estómago. Madge abrió mucho los ojos y la boca. Parecía estar ahogándose… Billy la golpeó en la barbilla, y la bella negrita cayó en los brazos de Sam, desvanecida. Sam le metió la mano por el escote, y exclamó:

—¡Demonios…! No sé si podrá ayudarnos a encontrar a los Marley, pero sí os aseguro que lo vamos a pasar maravillosamente con esta negraza en la cama, muchachos…

—Acércamela —dijo Pretty—: quiero meter la mano ahí, yo también.

—Un momento —masculló Clay—. Si empezamos así, paro el coche y nos ponemos todos a jugar con ella. Todos tenemos el mismo derecho a pasarlo bien, ¿no?

—Conduce y calla —rió Pretty—. ¡Ya te llegará tu turno, hombre! Además, ahora sólo vamos a manosearla un poco. Venga, Sam, ¡acércala!

Capítulo VI

Madge abrió los ojos, y lo primero que vio, confusamente, fue una claridad azulada, a su derecha, en forma rectangular. Un par de segundos más tarde, un raudal de luz amarilla apareció y desapareció en aquel recuadro, y comprendió dónde estaba: dentro de un coche, en plena carretera, donde acababan de cruzarse con otro.

—Ya que has despertado —oyó la voz conocida—, dime qué te parece esto.

Una mano áspera y fuerte apretó salvajemente la suya, Madge la retiró vivamente, respingando, e intentó incorporarse.

—La he asustado —oyó la risotada de Sam.

—Eres un bruto —rió Billy, junto a él.

Mientras tanto, impedían, a cuatro manos, que Madge se incorporase como eran sus deseos. Estaba tendida de espaldas sobre las rodillas de ambos negros, con la blusa desabotonada, de modo que los senos quedaban al alcance de aquellas cuatro manos, que, ciertamente, no se privaban de nada.

De nada.

Una de las manos se deslizó por el vientre de Madge, hacia los muslos…

—Estás para comerte, negra —jadeó, ahora, Sam.

La llevaban como si fuese una muñeca de tamaño natural. En definitiva, la estaban tratando como si fuese una de esas muñecas hinchables, con la que se puede jugar de mil modos diferentes. Los ojos de Madge fueron de uno a otro negro, forzándolos hacia atrás y arriba para mirar a Billy. Luego, miró a Pretty, que continuaba en el asiento delantero, junto a Clay, pero vuelto hacia ella, devorándola con los ojos…

Sam había llegado con su mano a un punto que hizo respingar, de nuevo, a Madge, que con un gesto brusco se protegió como pudo.

Inmediatamente, la otra mano de Sam apretó su pecho, causándole tal dolor, que lanzó un gemido y quedó inmóvil.

—Así —jadeó Sam—. Así, quietecita, pantera… ¿Dónde has estado metido hasta ahora, que nunca te hemos visto?

—¡Maldita sea! —farfulló Pretty, con voz ronca—. ¡O dejas ya de hacer eso o salto ahí atrás!

—Tengamos la fiesta en paz —dijo Billy—. Esto es sólo jugar, Pretty. Pronto llegaremos, y podremos divertirnos todos. En cuanto a ti, negraza, si te mueves te arranco los pechos.

Madge ya no tenía la menor intención de moverse. Había cosas que tenían importancia y cosas que no la tenía. Por ejemplo, para ella, no tenía la menor importancia que un par de negros la estuviesen palpando de arriba abajo. Pero, en cambio, sí tenía importancia el conocimiento de que si intentaba algo en aquellas condiciones, llevaría siempre las de perder. Y por otra parte, era lógico suponer que la llevaban a algún lugar que le interesaba mucho, conocer.

—¡Qué mansita se ha quedado! —suspiró Sam, deslizando su mano izquierda por los pechos.

Madge cerró los ojos. ¿Cuánto rato había estado desvanecida? El golpe había sido fuerte. ¿Diez minutos? ¿Quince, veinte, media hora, quizá…?

—Pronto llegaremos al embarcadero —dijo Clay.

—Bien. Tú, siéntate aquí, entre los dos, y ponte bien la ropa.

Madge se sentó en el centro del asiento, y se puso bien los sujetadores y la blusa. Le ardía la carne, debido a tanta fricción. Miró por la ventanilla de la izquierda. Varios coches se fueron cruzando con ellos, pero no conseguía situarse. ¿Hacia dónde estaban viajando? Podía ser cualquiera de las carreteras que salían de Nueva York…

De pronto, a su derecha, vio el mar. Apareció, de pronto, reluciente, como teñido de una luz opalescente. Y entonces, se situó en el acto. La luz intensa llegaba de atrás. Por lo tanto, Nueva York estaba a su espalda, así que estaba viajando hacia el Norte, por una carretera costera… La Nacional 1, no podía ser otra. Y más allá, vio las luces de las localidades de Long Island… Sí, viajaban hacia el Norte, hacia el Estado de Connecticut. ¿O quizá ya estaban en él?

El coche giró a la derecha, tomando un desvío que indicaba la

proximidad de la localidad llamada Darien. Darien… Estaban ya en Connecticut, pues. Llegaron a otra carretera, y se fueron aproximando al mar. Efectivamente: Darien. Siempre directos hacia el mar a menos de veinte metros de éste. Madge tuvo que hacer un verdadero esfuerzo de voluntad para no mirar hacia atrás por el cristal zaguero: ¿la seguían o no la seguían los Simones…?

—Venga, todos afuera —dijo Clay.

Salieron rápidamente del coche, y caminaron hacia el embarcadero, siempre Madge entre Sam y Billy Clay se unió al grupo, después de cerrar el coche. Fueron directos al punto del embarcadero que les interesaba, pues Pretty señaló una de las lanchas cercanas, y dijo:

—Ahí está.

Madge volvió ligeramente la cabeza, y vio el coche que aparecía en aquel momento, silencioso, con todas las luces apagadas. Todavía pudo verlo en el momento de detenerse, pero recibió un empujón que la tiró a la lancha, con riesgo de romperse algún hueso si no hubiese girado como una gata para caer en postura adecuada…

—¿Qué os parece? ¡Es toda una pantera, de verdad!

Madge no le hizo el menor caso. Sólo pensaba en que si los cuatro negros se daban cuenta de que tras ellos habían llegado algunos hombres en un coche, no vacilarían en matarla inmediatamente y darse a la fuga con la lancha… ¿Comprenderían los Simones lo que ella deseaba?

Debieron comprenderlo, porque Clay puso en marcha la lancha sin que nada ocurriese. Incluso, cuando Madge se volvió para mirar hacia el embarcadero, no vio en el borde de éste a nadie… Habían comprendido la situación. Pero, a menos que se apresurasen a conseguir una lancha, dejarían de mantener el contacto…

—¿Qué hago con este maletín? —preguntó Pretty—. ¿Lo tiró al agua?

—No, por favor —saltó Madge—. ¡Por favor, no! Tengo ahí mi tocador.

—¿Tu qué?

—Bueno, llevo perfumes, y cosas así…

—¡*Woohoooo*…! —exclamó Sam, riendo.

—Las negras también tienen derecho a perfumarse —dijo Billy

—. ¡Y esta negra se va a perfumar para nosotros! Negra: ¿cómo se abre esto…? ¡Ah, ya está! Vamos a buscar un perf…

Billy se calló de pronto. Clay volvió la cabeza, y le vio sacando la pequeña pistola del interior del maletín, que Billy tenía sobre las rodillas, pues, como los demás, estaba sentado en cubierta, con las piernas cruzadas.

—Es una pistola —dijo Sam, mirando a Madge.

—¿Por qué llevas tú esto? —la miró Billy, a su vez—. Siempre me encuentro algunos puercos como vosotros —informó, ásperamente, Madge—. La lástima es que en esta ocasión no me habéis dado tiempo a utilizarla.

—Con esta cachonda vamos de sorpresa en sorpresa —musitó Billy—. Cada vez me alegro más de haber decidido llevársela al jefe. ¿Qué más armas llevas, cachonda?

—Ninguna más.

La lancha estaba cruzando velozmente Long Island Sound, directos hacia Long Island, cuyas luces se iban viendo cada vez más cerca, pero no delante mismo, si no a derecha e izquierda. Al parecer, se dirigían hacia un punto de la costa de la isla donde no había localidad alguna. Por la dirección que llevaban, y teniendo en cuenta que habían partido del embarcadero de Darien, Madge calculó que se dirigían hacia la bahía en cuyo fondo, tierra adentro, estaba Smithtown, y que las luces de la derecha correspondían a Northport, y las de la izquierda a Port Jefferson…

—Esto sí es perfume —dijo Billy, tras oler el frasquito recién destapado—: toma, ponte un poco.

—Vamos a llegar en seguida —dijo Clay.

—Bueno, ¿y qué? Ponte un poco, negra cachonda.

Madge tomó el frasquito de perfume, y se echó una buena cantidad en los cabellos y en el escote, frotándose, luego, las manos y los brazos…

—¡Qué barbaridad! —exclamó Pretty—. ¡Qué bien huele!

Poco después, la lancha se detenía en una solitaria playa, junto a un grupo de rocas, en las cuales habían varios tubos de hierro clavados verticalmente. Pretty saltó a las rocas, recogió el cabo que le lanzó Clay, y amarró la lancha. Luego, saltaron todos a la playa, y Pretty se apresuró a rodear la cintura de Madge con un brazo.

—Ahora me toca a mí —gruñó.

Se inclinó y depositó un beso-mordisco en un lado del cuello de Madge…, que volvió la cabeza hacia el agua. Pero no. No se veía luz alguna que indicase que otra lancha llegaba tras ellos.

Pretty bajó la mano hacia las nalgas, y la empujó.

—Vamos, camina, piel de seda.

El pequeño chalé apareció ante sus ojos, apenas dos minutos más tarde. Madge calculó que debían ser alrededor de las nueve y media, así que no resultaba sorprendente que hubiese luces encendidas. La puerta del chalé se abrió antes de que ellos llegasen. Recortada en la luz del interior de la casa, Madge vio la menuda figura de un hombre. Tan menuda, tan característica, que pensó que era un chino.

Pero no.

No era un chino. Cualquiera podía confundirse…, si no había visto muchos chinos y muchos coreanos. El menudo personaje que los recibió, era coreano, sin duda alguna. Le llegaba a Madge por la nariz.

—¿Es la mujer de Jason? —preguntó, en seguida, en inglés.

—No —negó Billy—: es una amiga de la familia, Kim.

Entraron todos en el chalé, y el coreano llamado Kim se quedó mirando atentamente a Madge, mientras sus fosas nasales se dilataban, al llegar el perfume a su olfato. Pareció que fuese a hacer un comentario, pero se abstuvo de ello. Tenía los ojos pequeños, redondos, negrísimos. El cabello también era negrísimo, liso, grueso y reluciente, peinado con una raya al lado. Cara redonda, boca pequeña de labios finos… Madge le calculó unos cincuenta años.

Por fin, Kim dio a su vez por terminado el examen de la recién llegada, y miró a Billy.

—¿Habéis encontrado a los Marley?

—No. Pero me parece que ella sabe dónde se pueden haber escondido. Tal como usted nos dijo, fuimos a vigilar su apartamento, por si Jason llegaba, o ella, la mujer, salía para reunirse con él. Bueno, no sucedió nada de esto. Pero llegó esta negra, y…

Madge escuchó impávida la explicación, en la que se omitió únicamente el manoseo de que había sido objeto. Cuando Billy terminó, Kim la miró fijamente.

—¿Sabes dónde están los Marley? —preguntó, suavemente.

—No.

—Déjenosla a nosotros —saltó Sam—, y ya verá como le hacemos recuperar la memoria, Kim. Estoy seguro de que lo sabe.

Kim permaneció pensativo unos segundos, antes de asentir.

—Encerraos con ella en una habitación. Haced lo que queráis, pero que diga dónde están los Marley. Y pronto.

Billy dejó el maletín, mientras Pretty, tras frotarse las manos, tomaba a Madge por un brazo, diciendo:

—Ven, cachonda: vamos a disfrutar de tu perfume.

Segundos después, los cuatro negros y la negrita Madge estaban en uno de los dormitorios. Clay cerró la puerta, dirigiendo inmediatamente la mirada hacia Madge. Una mirada lúbrica, reluciente.

—Creo que lo primero que debemos hacer es desnudarla —propuso.

La propuesta fue aceptada por unanimidad. Todos dieron un paso hacia Madge, que retrocedió, preguntando:

—¿No sabéis que a vosotros también os matarán?

Los cuatro negros quedaron como petrificados.

—¿Quién nos matará? —se sorprendió Sam.

—Ese Kim, y sus amigos. Os han contratado para hacer algo en lo que ellos prefieren no ser vistos, y cuando todo haya terminado, os matarán. La prueba la tenéis en que os han ordenado que matéis a Jason y Cynthia Marley… Y antes, ya habían matado a Thomas Marley, porque si quedaba vivo, podía comprometerlos. ¿Cuándo, quién y para qué os han contratado?

—¡Oye, qué lengua más clara tiene la cachonda! —se pasmó Pretty—. Se le entiende todo estupendamente. Y además, es lista, porque ha comprendido que nos han contratado para hacer cosas que ellos no pueden hacer…

—¿Quiénes son ellos? —preguntó Madge.

—Escucha, negra —mascculló Billy—, a nosotros nos contrataron para hacer algunas cosas por Nueva York, y para que alquilásemos este chalé. Nos daban buenos dólares por ellos, y aunque nos olimos que era alguna cosa sucia, no iba contra los negros, así que aceptamos. Todos estábamos de acuerdo, menos el cochino de Jason que cuando leyó en un diario que un coche había atropellado a su hermano…

—¿No sabéis de quién es ese coche?

—Claro que no.

—¿Quién más hay en este chalé?

—Pues hay…

—Cierra la boca —masculló Pretty—: es ella la que tiene que contestar nuestras preguntas, Billy. Y para empezar el juego, vamos a hacer lo que ha dicho Clay.

—De acuerdo —asintió Billy.

—No me toquéis —retrocedió otro paso, Madge—: yo misma me desnudaré.

Se quitó la blusa rápidamente. Los negros quedaron inmóviles, tensos, fijos sus miradas en el cuerpo que parecía de mármol negro… Madge se quitó los sujetadores, echándolos sobre la cama… Los vibrantes senos quedaron al descubierto.

—¿Sabéis sí hay tres hombres blancos en este chalé?

—Sigue desnudándote —jadeó Sam.

Madge se quitó la falda, quedando solamente en pantaloncitos. Sus piernas magníficas quedaban resaltadas por los zapatos de alto tacón.

—¿Qué habéis hecho, exactamente, desde que os contrataron?

—Vigilar a unos tipos que trajeron a esta casa —musitó Clay, con voz ahogada—. Luego, Thomas tuvo que ir a no sé dónde, y allí tuvo el accidente, por culpa de una mujer…

Madge metió dos deditos en el elástico de los pantaloncitos.

—¿Thomas salió de aquí, solo?

—Sí… Pero Kim dijo que otra persona le ayudaría. Resultó ser un blanco, según parece… Y no hagas más preguntas porque no sabemos nada de nada… ¡Quítate ya eso!

—¿No sabéis quién es el hombre blanco que fue con Thomas Marley?

—No. Ni nos importa. ¡O te lo quitas, o…!

Madge se bajó los pantaloncitos, acabó de quitárselos, y los echó también sobre la cama. Su espléndido cuerpo desnudo tenía sobrecogidos a los cuatro negros, que ya, ni siquiera se acordaban de cuál era el motivo que había originado aquella situación. Billy farfulló una grosería, se acercó a Madge, y alzó las manos hacía los pechos.

—Vamos a…

—Si me lastimáis, jamás os diré dónde están los Marley.

Sus palabras hicieron reaccionar a los cuatro.

—¿Sabes dónde están? —inquirió Clay.

—Creo que sé dónde pueden estar —puntualizó Madge.

—¿Dónde?

—Si os lo digo, quiero a cambio…

—¡No quieres nada a cambio! —gruñó Pretty—. ¡Nos lo vas a decir, y eso es todo! ¡Vamos a tenderla en la cama! ¡Y quiero ser el primero en hacerlo!

Los cuatro negros cayeron a la vez sobre Madge, sujetándola por los brazos y la cintura… El que estaba delante de ella era Sam, abrazado como un energúmeno a la delgada y flexible cintura, y metiendo sus fauces en los senos de Madge… Ésta alzó una rodilla, que se incrustó entre las ingles de Sam. El alarido del negro fue espantoso, mientras caía hacia atrás, encogido, con las manos en el lugar golpeado, el rostro desencajado…

Madge giró hacia la izquierda, lanzando de nuevo la rodilla derecha con perversas intenciones. Intenciones que Billy adivinó, de modo que se puso rápidamente de lado, y la rodilla fue a golpear en su cadera, en lugar de hacerlo en el mismo sitio que había golpeado a Sam. Por detrás de Madge, Clay la asió por los largos cabellos, y tiró rudamente de ella. Con esta tracción, y ayudado por Pretty y Billy, Clay consiguió tenderla en la cama, cruzada, vientre arriba.

—¡Sujétala! —barbotó Pretty, soltándole el brazo derecho y saltando sobre ella—. ¡Voy a…!

El puño derecho de Madge se estrellé con aterradora fuerza en la boca de Pretty, cuya cabeza fue tanto hacia atrás, que pareció que fuese a caer rodando por la espalda… Al rebote, cayó sobre el vientre de Madge, al mismo tiempo que Pretty caía de rodillas, casi desvanecido…

—¡Maldita ramera…! —aulló Billy—. ¡Te vamos a…!

La puerta de la habitación se abrió de pronto, bruscamente, y una seca orden detuvo toda acción:

—¡Quietos! No le hagáis daño: tengo que hablar con ella.

Sam estaba todavía en el suelo; recuperándose, pero arrodillado; Pretty también estaba arrodillado; palpándose, ahora, cuidadosamente, la ensangrentada boca; Clay continuaba sujetando por los cabellos a Madge; Billy, de pie, en el gesto de saltar sobre

Madge… Todos mirando hacia la puerta.

Madge consiguió no expresar nada revelador en su rostro cuando, allí, junto al coreano llamado Kim, vio al chino llamado Yei Si, que tenía una pistola provista de silenciador, en la mano. Y esta mano se movió, señalando hacia el hueco de la puerta mientras Yei Si entraba en la habitación.

—Salid de aquí. Ya os avisaré.

Ninguno de los cuatro osó replicar. Salieron del cuarto, dirigiendo a Madge miradas de furia y deseo. Cuando hubieron salido los cuatro, Kim cerró la puerta, y miró a Yei Si, que contemplaba con suma atención a Madge. Una atención fría, despiadada, no la atención del hombre que experimenta placer viendo desnuda a tan escultural criatura. Los negros ojos del chino parecían de verdad dos bolitas, sin expresión alguna.

—¿Cuál es tu nombre? —preguntó de pronto.

—Madge… —musitó ésta, en pie junto a la cama, ahora, recogiendo sus pantaloncitos.

—Madge… ¿Qué más?

—Madge Hobson.

—¿Dónde vives?

—En el 350 de la West 125. En Harlem. Un apartamento.

—¿Eres amiga de los Marley?

—Ya he dicho que sí.

—Sigue como estás. No quiero que te vistas. Ya te has puesto los pantalones: suficiente. Ahora, ven conmigo.

Movió la pistola hacia la puerta. Kim la abrió. Madge salió al pasillo, y se volvió a mirar al coreano y al chino: éste señaló pasillo adelante, en silencio. Fueron hacia el fondo, y a una seña de Yei Si, Kim abrió la puerta que había a la derecha.

—Entra ahí.

Madge obedeció. Inmediatamente, vio a los tres hombres blancos que había en aquella habitación; los tabiques habían sido eliminados, de modo que la habitación tenía el tamaño de las tres del otro lado del pasillo. Madge miró con gesto de bien fingida sorpresa a su alrededor: estaban en un laboratorio que parecía bastante desordenado, como provisional… Y allí, trabajando, estaban los tres científicos norteamericanos desaparecidos: Robert Lambert, el del aeropuerto Kennedy; y Jan Fellows y Douglas

Everitt. Los tres mirando, asombrados e impresionados, a la espléndida Madge.

—Señor Lambert —llamó Yei Si.

Robert Lambert dejó de mirar a Madge, miró al chino, y tras fruncir el ceño hoscamente, se acercó, de evidente mala gana.

—Diga —murmuró.

Yei Si le hizo una seña, y Lambert se inclinó hacia él… Tras escuchar los cuchicheos del chino, Lambert miró vivamente a Madge, entre sobresaltado y atónito.

—¿Está loco? —exclamó—. ¡Claro que no!

—Le ruego que se fije bien en ella, señor Lambert. —¡Qué demonios de fijarme…! ¿No ve que es una negra? ¡No diga tonterías!

Ahora fue Yei Si quien frunció el ceño. Se acercó a Kim, y estuvo unos segundos cuchicheando con él. El coreano asintió, se dirigió a un punto del laboratorio, y Madge, que no le perdía de vista, le vio tomar algodón, sobre el cual vertió alcohol, al parecer. Luego, se acercó a ella, se colocó a un lado para no interponerse en la línea de tiro de la pistola de Yei Si, y con el algodón empapado en alcohol, comenzó a frotar el seno derecho de Madge, que se encogió.

—Quieta —ordenó secamente Yei Si.

Madge se estuvo quieta. Kim Lee pasó varias veces el algodón por el seno, con fuerza. Lo miró, y lo mostró a Yei Si, moviendo negativamente la cabeza: el algodón no había quedado impregnado de tinte negro. Tampoco, cuando Kim lo pasó por un brazo, y por una cadera de Madge…

—Es negra —musitó.

Yei Si se acercó. Las aletas de su nariz se movieron…

—Arden-Flower —musitó—… Es un perfume muy caro, ¿no? Y tan elegante, que me pregunto cómo y por qué lo usa una negra.

—Me gusta lo bueno —murmuró Madge—. Y mi trabajo me cuesta ganarlo: los hombres son muy exigentes con las negras.

—¿Quieres decir que eres una ramera?

Madge miró hoscamente a Yei Si, y no contestó. El chino todavía vacilaba. Su mirada era penetrante, y dedicaba más atención a las facciones de Madge que a sus encantos desnudos. De pronto, aquella penetrante mirada pareció tornarse amistosa. Yei Si sonrió.

—Está bien, Madge. Te has metido en un lío, pero quizá puedas

salir de él si nos ayudas. Queremos encontrar a los Marley, y entiendo que tú sabes dónde están. ¿Me lo quieres decir a mí o prefieres que te deje de nuevo con Pretty y los demás?

—Prefiero decírselo a usted.

—Me parece una decisión inteligente. ¿Dónde están?

—No es seguro… Estuve a verlos, y no estaban en su apartamento. Luego, cuando oí hablar a esos cuatro negros, comprendí que Jason y Cynthia estaban asustados, y que se están escondiendo… Y si se están escondiendo, sólo pueden estar en un sitio.

—¿Qué sitio?

—Es muy difícil de explicar… Jason y Thomas tienen familia en un pueblo de Nueva Jersey llamado Bound Brook… Creo que es un tío de ellos. Tiene una cabaña, cerca de un pequeño río… Podría ir allá, pero no sé cómo explicar el camino.

—¿Has estado allí alguna vez?

—Sólo una, con Thomas. Me llevó allí para… Bueno, nos hicimos novios allí.

—Entiendo —sonrió amablemente Yei Si—. ¿Querrías llevar allá a esos cuatro estúpidos? Si lo haces, te garantizo que no te mataremos… No te asustes. La verdad es que tendríamos que matarte, pero si nos ayudas, lo tendremos en cuenta. Lo que haremos será traerte aquí, donde permanecerás hasta que nos vayamos de esta casa. En cuanto nos vayamos, te dejaremos libre. Antes no podrá ser, lo siento.

—No me fío de usted. Ni de los negros… ¡No me fío de nadie, así que…!

—Pues no tienes más remedio que confiar en lo que yo te digo —cortó secamente, Yei Si—, o te cortaré la cabeza personalmente y ahora mismo, Madge.

Madge se mordió los labios. Y miró a Douglas Everitt, que decía en aquel momento:

—Si cree que este chino está bromeando, se equivoca.

—¿Y ustedes quiénes son? —saltó Madge—. ¿Qué hacen aquí, qué significa todo esto…?

—Seremos sus compañeros de cautiverio —intervino Robert Lambert—: también quieren tenernos aquí una buena temporada, mientras trabajamos.

—¿En qué? ¿En qué trabajan?

—Tendrán mucho tiempo para hablar —cortó la conversación Yei Si—. Eso, claro, en el supuesto de que Madge acepte mi oferta… Bien: ¿qué contestas?

—Si no le obedezco —miró Madge anhelante a Lambert—, ¿me matarán? ¿De verdad?

—No creo que se pueda matar de mentira —susurró Robert Lambert—. No tenga la menor duda de que lo harán.

Madge suspiró profundamente, miró a Yei Si, y murmuró:

—Supongo que esto es una traición para Cynthia y su marido, pero… quiero vivir. Les llevaré allá, señor… señor…

Yei Si sonrió burlonamente, y se dirigió hacia la puerta haciéndole una seña a Kim.

—Kim Lee te traerá tus ropas ahora, mientras yo doy instrucciones a los negros.

El chino y el coreano abandonaron el laboratorio, cerrando la puerta al salir. Los tres científicos se quedaron mirando a Madge, con cierto embarazo provocado por la desnudez de los senos de la bella negrita.

—¿Qué te preguntó el chino para que dijeses que estaba loco? —preguntó Fellows, mirando a Lambert.

—Debe estarlo de veras… Me preguntó si me parecía que esta muchacha negra era Brigitte Montfort.

—¿La periodista? —se pasmó Fellows—. ¡Realmente debe estar loco!

—¿De quién están hablando? —se interesó Madge.

—De una periodista de raza blanca.

—¿Y ese chino creyó que yo era una *blanca*? —Madge se tocó una sien con el dedo índice—. Seguro que está loco. ¿Y ustedes quiénes son, y qué hacen aquí? ¿Qué está pasando? Esto parece un laboratorio, ¿no?

—Es un laboratorio —susurró Douglas Everitt—. Pero, para lo que va a servirle, no vale la pena que le demos explicaciones.

—¿Qué quiere decir?

—Calla, Douglas —pidió Jan Fellows—: no compliques las cosas.

Madge iba mirando de uno a otro. Sabía perfectamente lo que querían decir, pero simuló no darse cuenta de ello. Del mismo modo que sabía perfectamente que mientras Kim recogía sus ropas en el

dormitorio, Yei Si estaba escuchando la conversación detrás de la puerta del laboratorio. Así pues, siguió el juego.

—¿Qué cosas? —insistió—. No entiendo nada de nada. Hacía tiempo que no visitaba a los Marley, sólo me veía con Thomas… Y de pronto, éste desaparece, y cuando voy a buscarlo encuentro a unos negros que están buscando a Cynthia y a Jason…

—Se ha puesto demasiado perfume —refunfuñó Fellows, cortando el asunto—. Y eso no es elegante, Madge.

—¿Por qué no? —protestó ella—. El perfume es para oler bien, ¿no es así? Y resulta elegante.

—Resulta elegante en las proporciones en que lo habría usado… Brigitte Montfort, por ejemplo, no en las de usted. Produce incluso, mareo.

—Pues los hombres con los que acostumbro ir dicen que les gusta mucho. Recuerdo a uno especialmente que…

La puerta se abrió, y Kim Lee apareció, con las ropas de Madge, que tiró a los pies de ésta. Evidentemente, escuchar tras la puerta no les había servido de nada… y ya no quería perder más tiempo.

—Vístete.

Madge lo hizo rápidamente. Cuando hubo terminado, se dirigió hacia la puerta. Aquí, se volvió, saludando a los tres científicos.

—Hasta la vista —sonrió.

Ninguno de los tres contestó. Se limitaron a desviar la mirada. ¿Para qué decirle a la pobre muchacha que jamás la dejarían seguir con vida, después de todo aquello?

—Te están esperando afuera —gruñó Kim.

Capítulo VII

Delante del chalé la estaban esperando los cuatro negros y el chino Yei Si, que señaló hacia la playa.

—¡Oh, mi maletín! —exclamó Madge—. Quisiera…

—Estará aquí cuando vuelvas —cortó Yei Si—: nadie va a robarte tus perfumes. Camina.

Llegaron a la playa. Madge vio otra lancha amarrada junto a la que habían utilizado ella y los cuatro negros. Yei Si todavía dio algunas instrucciones a éstos, saltó a la otra lancha, y se alejó, en dirección a Nueva York City.

Dos minutos después, cuando ya no se oía el rumor de su lancha, Pretty la empujó hacia la otra, farfullando:

—Si no fuese por las órdenes, te iba a enseñar a golpear, fiera.

—Quítame las manos del culo, cerdo.

Pretty retiró la mano de allí, pero fue para aplicar a Madge tal bofetada, que la negrita salió volando, para caer esta vez duramente en la cubierta de la lancha.

—Se la ha ganado de verdad —aprobó Sam la acción del bello negro.

Saltaron todos a la lancha, y, como antes, Clay se puso a los mandos. La lancha zarpó, con suave zumbido. Madge se sentó en la cubierta, y se tocó la mejilla, mirando hoscamente a Pretty. No por el golpe en sí, sino porque al recibirlo, había saltado la lentilla de contacto de su ojo derecho, y la almohadilla de espuma que llevaba en aquel lado de la boca había sido desplazada dentro de ésta hacia los labios. Con un dedo, con gesto natural, se la colocó bien. Por fortuna, la oscuridad impedía que ninguno de los negros diese cuenta del sorprendente hecho de que la negra Madge tenía unos ojos extraordinariamente azules… Pero, en cuanto estuviesen en un lugar iluminado se darían cuenta. Era inevitable.

Llevaban quince minutos navegando cuando Madge se puso en

pie, mirando hacia la costa continental…

—¿Qué demonios haces? —gruñó Billy—. ¿Quieres caer al agua? ¡Vuelve a sentarte!

—Me encuentro mal —gimió Madge—. Quiero que me dé el aire en la cara.

—Lo que te va a dar en la cara, va a ser mi mano —gruñó Billy —. Y yo pego más duro que Pretty. ¡Siéntate!

Madge se sentó. No había visto ninguna lancha acudiendo al encuentro de ellos, así que tenía que esperar. Cinco minutos más tarde, se llevó las manos a la boca, y sus ojos, desorbitados, se dirigieron hacia Billy, que exclamó:

—¡Se ha mareado! ¡Échalo fuera, asquerosa!

Madge se puso rápidamente en pie, volviendo a mirar hacia la costa. Algo brilló, moviéndose sobre las aguas… Sin vacilar, apoyó ambas manos sobre la borda, y se impulsó con fuerza, saltando al agua, en una plancha perfecta… La caída no fue tan perfecta, ya que la lancha la hizo girar en el aire, y caer siempre girando, pero rígido el cuerpo, formando un bloque, único modo de evitar romperse la espalda.

Y mientras ella se hundía con violento choque en las oscuras aguas, los tres negros se pusieron en pie de un salto, atónitos.

—¡Se ha tirado! —aulló Sam—. ¡Os juro que se ha tirado!

—¡Da la vuelta, Clay! —gritó Pretty.

Clay hizo virar la lancha, sin disminuir la velocidad, alzando una blanca cortina de agua espumosa que brilló a la luces de Nueva York. Los otros tres negros, asomados a la borda, volvían la cabeza, mirando con expresión desorbitada hacia el punto donde Madge había desaparecido.

—¡Tiene que haberse roto todos los huesos! ¡La muy estúpida…! ¡Eso sólo lo puede hacer un *hombre-rana* bien entrenado!

En pocos segundos, la lancha llegó adonde calcularon que había caído Madge. Pero, no había ni rastro de ésta.

—¡Mira por el otro lado! —vociferó Billy.

Pretty corrió a asomarse por el lado de estribor, pero tampoco por allí había rastro alguno de Madge… De pronto, las aguas se movieron, y Pretty lanzó el grito de aviso.

—¡Ahí sale! ¡Venid!

La lancha se zarandeó con fuerza cuando Sam y Billy fueron

junto a Pretty, que señalaba. En efecto, vieron la cabeza de Madge…, sólo durante un segundo.

—¡Está loca! ¡Se cree que puede escapar así! ¡Vamos a por ella!

Se quitaron los zapatos, los pantalones y las camisas a toda prisa, y saltaron al agua, un instante después de ver aparecer de nuevo, sólo por un par de segundos, la cabeza de Madge. Estaban tan absortos en esto, que ni siquiera se dieron cuenta de que otra lancha estaba ya muy cerca de la suya.

Clay sí se dio cuenta, segundos después. Vio la lancha que se acercaba a toda velocidad, pero que, de pronto, paró su motor, y se deslizó ya suavemente hacia él. Como también él había parado el motor, oyó perfectamente la voz de un hombre, en tono alto y seco:

—¡Levante los brazos y no se mueva de ahí! —le ordenaron.

La verdad es que Clay no entendía muy bien aquella intervención. Pero una cosa sí entendía: fuesen quiénes fuesen los hombres que ya distinguía en la otra lancha, estaban dispuestos a causarle complicaciones… Asi pues, Clay cometió el mayor y último error de su vida: sacó la pistola, y disparó, hacia la otra lancha.

¡Crack!, chascó el disparo, fuertemente.

En la otra lancha no sonó estampido alguno, pero Clay vio un instante el rojo fogonazo; precisamente en el mismo instante en que notaba el golpe en el pecho, y salía despedido hacia la popa de, la lancha, gritando, soltando la pistola con un gesto brusco que la llevó muy arriba, describiendo un arco hacia el agua… Cuando cayó de espaldas, y su cabeza golpeó contra la popa, Clay ya estaba muerto.

En el agua, Sam gritaba a sus compañeros, señalando hacia la lancha recién llegada, que seguía deslizándose todavía a impulsos de la marcha adquirida anteriormente. Cada vez más despacio, la vieron pasar muy cerca de la suya… En ese momento, un hombre salvó la distancia entre ambas lanchas, ágilmente, cayendo en la de los negros. La otra lancha todavía navegó silenciosamente unos segundos más, quedando muy cerca de los tres. Una luz se encendió, atrapándolos de lleno.

Y de nuevo aquella voz masculina:

—Escuchen, somos cuatro, y les estamos apuntando con nuestras armas. Elijan entre subir a bordo o irse al fondo del mar con unos cuantos plomos en el cuerpo.

La luz los deslumbraba completamente a los tres. No veían nada, no sabían si realmente habían cuatro hombres armados o no, pero una cosa era segura: en todo caso, quienes tenían de perder en la actual situación, eran ellos. ¿Y dónde estaba la maldita Madge…?

Lo supieron cuando oyeron su voz, a espaldas de ellos:

—Si tardan más de cinco segundos en subir a bordo, acribíllenlos, Simón.

—De acuerdo. Uno, dos, tres…

Pretty, Sam y Billy se apresuraron a nadar hacia la lancha. Segundos después, chorreantes, se dejaban caer en cubierta. La luz fue apagada, pero continuaron deslumbrados.

—Acércate a la otra lancha: ella está nadando hacia allí.

Rugió el motor. La lancha se acercó a la de los negros, y éstos pudieron ver ya a un hombre saltando, como el otro. Delante de ellos quedaban dos más, apuntándoles con pistolas provistas de silenciador.

En la otra lancha, los dos agentes de la CIA tendieron sus manos, e izaron con un suave tirón a Madge a bordo.

—¿Está bien? —exclamó el último en saltar—. ¡No pudimos conseguir antes una lancha, lo siento! En cuanto…

—Estoy bien, Simón, no se preocupe. Sabía que vendrían, fuese como fuese, y he esperado el momento oportuno… ¿Qué sabemos de tío Charlie?

—Nos llamó no hace mucho, por la radio de bolsillo con extensión: Yei Si se les escapó de entre los dedos, prácticamente.

—¿A tío Charlie? —se pasmó Madge—. ¿Un chino dejó con un palmo de narices a tío Charlie?

—Pues sí —casi rió Simón—. Entró en un restaurante chino, y claro, pensaron que iba a cenar. Pero, cuando echaron un vistazo poco después, Yei Si había desaparecido, no estaba en el comedor. Había otra puerta, atrás, en el restaurante chino.

—Entiendo. Bueno, no hay que apurarse demasiado: yo he visto a Yei Si hace Unos minutos. Ha estado en Long Island. Y ha emprendido el regreso hacia allá en una lancha. ¿Puede avisar de eso a tío Charlie?

—¿Avisarle? ¡Me cortaría la cabeza si no lo hiciese! Cuando le dije que la habían metido en una lancha, y que nos habían dejado en tierra, se puso hecho una fiera… Y si él no hubiese sido burlado

también, apuesto a que me habría llamado imbécil. ¿Quiere hablar usted misma con él?

—Buena idea —Madge tomó la radio que le tendía Simón, y apretó el botoncito de llamada.

—Adelante —gruñó la conocida voz de Charles Alan Pitzer.

—¿Qué tal, tío Charlie?

—¡Brig…! ¡Baby! ¿Está bien? ¡Esos cuatro imbéciles que puse detrás de usted…!

—Tranquilícese —rió Madge—. Los cuatro imbéciles están conmigo, y acaban de ayudarme maravillosamente Entiendo que Si se le esfumó a usted ante las narices.

—Bueno… Verá lo que pasó… Cuando él entró en…

—Vamos, tío Charlie, eso es normal: todos hemos utilizado puertas traseras alguna vez. No se preocupe por Yei Si: él está de regresó a Nueva York, ahora. No tardará mucho en llegar, en una lancha.

—¡Vamos a ir a esperarlo para…!

—No. Déjenlo que siga moviéndose. Además, no saben a qué parte de los muelles arribará él. Vigilen su hotel, y a los delegados chinos, por si Yei Si buscase contacto. Aunque lo dudo. Le diré lo que yo creo que Yei Si va a hacer, tío Charlie: regresará al restaurante chino, y saldrá por la puerta delantera, tan tranquilo, como si hubiese estado cenando allí. Así pues, vayan a esperarlo precisamente delante de esa puerta…, y esta vez, no lo pierdan de vista. Por favor.

Hubo un par de segundos de silencio antes de oírse de nuevo la voz de Pitzer:

—Me parece que yo también soy un imbécil: la verdad es que no se me había ocurrido eso. Pero lo estaremos esperando en la puerta principal del restaurante, esté segura de ello. ¿Qué ha ocurrido, por su parte?

Madge lo explicó rápidamente, de modo que también los dos agentes de la CIA que estaban junto a ella quedaron al corriente. Y al terminar la explicación, preguntó:

—¿Qué ha pasado con los Marley?

—Todo salió bien. Cynthia Marley se escondió en un tejado vecino, y cuando usted y esos negros se alejaron, bajó, y se puso en nuestras manos. Todavía no tengo noticias al respecto, pero fueron

a por el marido. Bueno, hay que sacar a esos científicos de ese chalé, ¿no le parece?

—Yo me encargaré de eso, tío Charlie.

—De acuerdo. Pero supongo que no va a ir sola, teniendo a su disposición a cuatro hombres.

—Deje que yo solucione mis problemas, y concéntrese en Yei Si. Y sobre todo, no se le ocurra detenerlo, salvo que quiera marcharse del país.

—Está bien. ¿Qué me dice de esos tres científicos? ¿Son unos traidores vendidos, o…?

—No. De eso estoy segura. Pero no pude hablar claramente con ellos, así que no puedo explicarle todavía cómo sucedió todo. Lo sabré pronto, espero. Y creo que esto es todo, tío Charlie.

—Bueno… Escuche, dispone de cuatro hombres, así que…

—¡Adiós, querido!

Madge cortó el contacto, y devolvió la radio a Simón, que la guardó en un bolsillo interior, preguntando:

—¿Qué hacemos, ahora?

—En el chalé solamente ha quedado el coreano, así que todo va a ser muy fácil, Simón. Iremos solamente usted y yo. Los otros tres, que se lleven a estos muchachotes negros, y los encierren. Ya veremos qué hacemos con ellos.

—Éste está muerto —señaló a Clay el otro Simón.

—Lo siento —murmuró Madge—. Pero ellos no son precisamente unos angelitos. Yei Si los contrató para no tener que poner en evidencia demasiado personal chino… Y estos muchachos se mostraron encantados de ganar unos dólares, fastidiando a algunos blancos. Llévenselos.

—Espero que ninguno haya sabido que usted no es negra… Quiero decir que…

—Para ellos soy una negraza cachonda, simplemente —sonrió a medias, Madge—: no hay cuidado. Y aunque lleguen a saber que trabajo para la CIA, lo último que se les ocurrirá pensar es que soy una mujer blanca, teñida por ese líquido fabuloso, invención del gran McGee, que éste me inyectó.

—¿No puede ser peligroso? Quiero decir que quizá usted se quede siempre de este color…

—Ya he utilizado el *Blackcolour* en otras ocasiones, y no hay

cuidado al respecto. Es un líquido que produce esta pigmentación en la piel, de efectos limitados; cuando estos efectos cesan, vuelvo a ser blanca, normal, mi color de siempre. Por otra parte, Simón, ¿qué más da ser blanca que negra?

—Bueno…

—¿Sabe usted cuál es la verdadera tragedia de algunos negros?

—¿Cuál?

—Querer ser blancos. Por lo demás los que así piensan no me parecen unos negros muy inteligentes. No hay que desear ser diferente, sino mejor, cada día, dentro de lo que uno es… ¡Oh, vamos a dejar eso!, es absurdo discutirlo. Sobre todo, cuando hay importantes cosas pendientes. Lo que tenemos que hacer ahora es…

Capítulo VIII

—Es lógico, sí —dijo Kim Lee.

Del auricular telefónico que tenía pegado a una oreja se oyó el murmullo de la voz de Yei Si, terminando sus instrucciones. El coreano volvió a asentir.

—Sí, sí, entendido Has hecho bien. ¿Cuánto tardarán?

—Bien… ¿Qué?

—¡No, no! Ningún problema en eso: Yo me ocuparé de esos negros. Lo haré todo tal como me has indicado, y nos veremos mañana en…

—¡Ah!, ¿yo también debo marcharme? De acuerdo, como quieras. Todo entendido. ¿Algo más?

—¡Adiós!

Kim Lee colocó el auricular en el soporte del teléfono, y quedó unos segundos pensativo, con la mirada fija en el maletín forrado de raso negro de Madge, pero sin verlo en realidad. Estaba ante sus ojos, pero él tenía cosas más importantes que hacer que prestar atención a un maletín lleno de perfumes caros, para una ramera barata…

Fue al dormitorio que ocupaba en aquel chalé desde qué había sido alquilado por los negros. Del armario sacó un maletín de aseo. Y de éste, una caja metálica, dentro de la cual habían tres jeringuillas y un pequeño frasco lleno de un líquido transparente. Con la caja metálica en la mano izquierda, y la pistola en la derecha, Kim Lee fue al laboratorio. Se colocó la pistola entre los pantalones y la camisa, sacó la llave de la puerta del laboratorio, abrió, la empujó con el pie, y sacó de nuevo la pistola.

Cuando entró, los tres científicos norteamericanos tenían vuelta la cabeza hacia la puerta, y miraron, con hosco silencio, al coreano.

—Mi amigo chino piensa que no es conveniente seguir aquí —dijo Kim Lee—, de modo que vamos a emprender un viaje, señores.

—¿Otro viaje? —alzó las cejas Everitt, con gesto furioso mal contenido—. Supongo que quiere decir otra nueva burla, Kim. Así que no estamos dispuestos a…

—Les aconsejo que acepten la situación con sensatez —le interrumpió Kim Lee—: comprenderán ustedes que, para secuestrarlos, no íbamos a decirles la verdad. Había que engañarlos, ¿no creen? Cada uno de ustedes fue cayendo como un pajarillo en la sencilla trampa que se le tendió.

—Y el más tonto, fui yo —masculló Robert Lambert—, que incluso viajé de Washington a Nueva York en avión para encontrarme «con la persona que iba a proporcionarme una sensacional revelación respecto a la inminente conferencia sobre Armas Incruentas». Y cuando llego allí, me encuentro con Yei Si, que naturalmente me pregunta si he sido discreto, pues se está arriesgando demasiado. Y cuando le convenzo de que nadie sabe que estoy en el Kennedy, me lleva a un coche, donde me esperaban tres chinos más que, tras inyectarme a la fuerza un somnífero, me traen aquí…

—Es más o menos lo que nos pasó a nosotros —masculló Jan Fellows—. Y como pago a nuestra discreción…

—No tanta discreción —interrumpió Kim Lee—. Al señor lo vio una mujer en el aeropuerto, conversando con Yei Si.

—Pero no estaba allí porque yo la hubiese avisado —refunfuñó Lambert—. ¿Cree que si hubiese sido así, yo se la habría señalado a Yei Si diciéndole que aquella mujer era la famosa periodista Brigitte Montfort, una de las invitadas a la conferencia? ¿Le parece que habría sido tan cretino, Kim Lee?

—Supongo que no. Pero el hecho cierto es que la señorita Montfort les vio a usted y a Yei Si, sin duda… Y usted no sabe la de complicaciones que esto ha ocasionado, señor Lambert. Tantas, que Yei Si, muy prudente y cauteloso, ha tomado medias adecuadas, sobre las cuales acabo de recibir instrucciones. Y todavía tenemos suerte de que la señorita Montfort no vio bien a quienes la atacaban, pues de haber sido así, todo se habría estropeado.

—Mire, Lee, nosotros no entendemos sus manejos, ni lo que pretenden —saltó Everitt—, pero sí sabemos que esto ha durado ya demasiado. ¿Qué es lo que quieren, exactamente, de nosotros?

—Nada extraordinario, lo saben muy bien: tan sólo, que sigan

haciendo aquí el trabajo que antes realizaban en Washington. Es decir, ya no aquí: tenemos que marcharnos, ya se lo he dicho.

—¿Adónde? —inquirió Lambert.

—¿Y para qué demonios quieren ustedes que nosotros estemos trabajando en ese proyecto meteorológico? —indagó Fellows.

—Vamos, señores, vamos —sonrió Kim—; ¿a qué viene hacerse, ahora, los ingenuos? Ustedes saben perfectamente que su trabajo, en suma, representa una poderosa arma para los Estados Unidos. Bien: nosotros queremos esa arma.

—Nuestra arma, como usted la llama, consiste en lograr a voluntad grandes masas de nubes, Kim Lee. ¿Que aplicación bélica ve usted a eso?

El gesto de Kim Lee se nubló.

—¿Pretenden burlarse de mí? ¡Ustedes saben perfectamente la gran utilidad de esas nubes, pero se están haciendo los tontos…! Pues bien: ¡yo no lo soy! ¡Queremos ese arma, y ustedes van a seguir trabajando para nosotros hasta que sepamos cómo conseguir esas enormes masas de nubes en el momento en que las necesitemos! ¡Y basta de dárselas de tontos!

Los tres científicos norteamericanos se miraron, con el gesto de quien admite la derrota. Lo habían intentado, pero era evidente que sus secuestradores sabían perfectamente lo que podían conseguir con su arma meteorológica.

Como ninguno replicase, Kim Lee se adelantó, y dejó la caja metálica sobre un extremo de un largo banco, donde habían aparatos de mediciones y controles diversos.

—Hay tres jeringuillas en esta caja —dijo fríamente—. Y un frasco con somnífero. Quiero que cada uno de ustedes se inyecte una dosis. Y —miró su reloj de pulsera, con gesto rápido—, lo van hacer, ahora. Ahora mismo. Pronto llegarán a recogernos.

—Queremos saber adónde pretenden llevarnos.

Con voz aún más fría, Kim Lee aclaró la situación de una vez por todas:

—El que no se haya inyectado su dosis de somnífero antes de quince segundos, recibirá otra clase de inyectable: una bala. Estoy seguro de que con sólo ver morir a uno de ustedes, los otros dos comprenderán… Y creemos que con dos tendremos suficiente para conseguir lo que queremos. Quizá, con uno solo.

Los tres científicos se miraron, en silencio. Tras unos segundos de vacilación y evidente temor, Everitt fue el primero en moverse. Se adelantó, tomó una de las jeringuillas, y procedió a inyectarse. Para entonces, Lambert y Fellows estaban ya realizando los breves preparativos para hacer lo mismo. Los tres se inyectaron, en un brazo.

Se quedaron mirando al coreano.

—¿Y ahora? —susurró Fellows.

—Tienen el tiempo justo de llegar por sus propios medios a la sala, y tumbarse en el sofá o en un sillón.

Señaló hacia la puerta, y los tres fueron hacia allí… Everitt habría caído al suelo apenas entrar en la salita si Fellows no le hubiese sostenido. Tuvo el tiempo justo de llevarlo hacia el sofá…, y de caer igualmente dormido sobre él, al mismo tiempo que Lambert se dejaba caer en un sillón. Kim Lee esperó unos segundos. Luego, fue alzando los párpados de los tres hombres, para comprobar los resultados del narcótico. Satisfecho, convencido de que los tres hombres iban a dormir varias horas, guardó la pistola, y se dispuso a poner en práctica las últimas instrucciones de Yei Si: tenía que ir al garaje, recoger los explosivos que tenía allí, y distribuirlos por toda la casa, especialmente en el laboratorio.

Salió de la casa, directo hacia el pequeño garaje. Iba calculando que tenía el tiempo justo antes de que llegase el pesquero que los llevaría, a él y a los tres científicos norteamericanos, a Canadá, desde donde partirían directamente hacia China. El tiempo justo, sí, porque el pesquero donde estaban los agentes chinos que habían estado a las órdenes de Yei Si, para hacerse cargo de los científicos en primera instancia, y luego dejarlos en manos de los negros, debía estar ya navegando hacia aquel punto de la costa… Y todavía tenía que instalar las cargas explosivas, conectarlas unas a otras, colocar el dispositivo de tiempo…

¿Cuánto tardarían en regresar los negros, después de matar a los Marley y a Madge? Dos horas…, Seguramente, más, porque se entretendrían con Madge, estaba seguro de ello. Esta inesperada contrariedad le molestó: tendría que esperarlos, decirles que se quedasen en la casa esperando las siguientes instrucciones, y marcharse después de haber puesto en marcha el mecanismo de tiempo que haría explotar las cargas, convirtiendo en polvo toda la

casa…, y a los cuatro negros, naturalmente.

—Quizá —reflexionó— Yei Si no ha pensado en esto. Sería mejor que el pesquero se fuese ya, y yo los alcanzase con la lancha después del regreso de los negros.

Muy satisfecho de esta modificación inteligente de los planes de Yei Si, Kim Lee llegó al garaje…

Tendidos en el suelo, cerca de la casa, Madge y Simón vieron al menudo coreano entrar en el garaje, cuya luz se encendió segundos después. Habían llegado allí hacía pocos segundos, después de dejar la lancha a buena distancia, costa arriba, y de recorrer a pie, silenciosamente, el resto del camino.

—Ese es el coreano —susurró Madge.

—¿Está segura de que no hay nadie más en la casa? —susurró, también, el agente de la CIA.

—No había nadie más cuando yo estuve en ella… Pero no vamos a correr riesgos inútiles, Simón: puede que en este tiempo haya llegado más personal. Iré a echar un vistazo a la casa. Usted no pierda de vista al coreano, pero no haga nada.

—Bien.

Kim Lee todavía estaba en el garaje. Madge se incorporó, y corrió hacia la casa, inclinada. Llegó en pocos segundos, y se detuvo ante la puerta abierta. Su fino oído no captó el menor sonido en el interior del chalé, y tras unos segundos de espera, se decidió a entrar, llevando en la diestra una pistola, facilitada por uno de sus Simones.

Entró en el saloncito, y quedó paralizada al ver a los tres científicos. Por un instante, temió que estuviesen muertos, pero se cercioró pronto de que no era así, y cuando vio el pinchazo en el brazo de Fellows comprendió en el acto lo sucedido. Fue al laboratorio, vio las jeringuillas vacías, la caja metálica… Sonriendo secamente, Madge regresó a la sala, y se quedó mirando a los tres científicos dormidos. Por si necesitaba más pruebas de que no eran traidores, aquella era suficiente: de haber sido traidores, estarían despiertos, trabajando, o esperando la realización de los planes del coreano…

¿Qué planes?

Salió de la casa, y se deslizó hacia el garaje, en cuyo interior todavía estaba Kim Lee. Llegó allá velozmente, y se colocó a un

lado de la puerta. Sabía que Simón estaba atento, cerca de ella, para ayudarla en caso necesario.

Asomó cautelosamente la cabeza al interior del garaje. Y lo primero que vio, fue el «Comet» azul en cuya matrícula había un 8. A la derecha de éste, y hacia el fondo del garaje, estaba Kim Lee, acuclillado, sacando cuidadosamente unos paquetes del interior de la caja de madera, y colocándolos cuidadosamente en el suelo. Con un solo vistazo, Madge supo lo que eran aquellos paquetes: cargas de explosivo. En cuanto a los hilos de conexión y al detonador de tiempo, colocado junto a los paquetes, ni siquiera necesitaba verlos para saber que estaban en aquella otra cajita, cuidadosamente embalada. Solución: algo tenía que saltar en pedazos, y, ciertamente, había sido previsto desde el primer momento.

Partiendo de aquí, Madge obtuvo la solución final con absoluta facilidad, y su rostro se endureció. Alzó la mano armada, estiró el brazo, y quedó inmóvil, apuntando con la pistola a la nuca dé Kim Lee.

Éste tardó todavía un par de minutos en ponerse en pie, cargado con varios paquetes y el mecanismo detonador de tiempo, que apretaba contra su pecho. Se volvió, dio un paso hacia la puerta del garaje…, y soltó tal respingo al ver allí a la negraza cachonda, apuntándole con la pistola, que los paquetes estuvieron a punto de caer de sus brazos. Sus ojos se abrieron mucho, y su descolorido rostro quedó aún más descolorido, ceniciento.

—No pierda los paquetes, Kim —susurró Madge—: quiero que la bala que voy a dispararle haga impacto en uno de ellos.

—No —jadeó Kim Lee, temblando violentamente su mandíbula inferior—. ¡No, no, no! ¡Son explosivos!

—Lo sé muy bien.

—No lo haga… ¡No lo haga! ¡Volaríamos los dos en pedazos!

—Yo no. Sólo tengo que disparar mientras me aparto de la puerta, y todo lo más recibiría pequeños daños. ¿No le parece?

—Hay…, hay explosivo suficiente para volar toda la casa. ¡Moriría usted también!

—Alguna vez se ha de morir. ¿No está de acuerdo?

—Está loca… ¡No dispare!

—Quizá desista de hacerlo, Kim, si llegamos a un acuerdo.

—¿Qué acuerdo? ¿Cómo es posible que usted esté aquí?

—¿De verdad necesita explicaciones? Se las voy a dar: soy agente de la CIA, y por lo tanto, persona entrenada para afrontar situaciones… desagradables. La creada por sus amigos negros no ha sido la peor de mi vida, se lo aseguro. Ha sido todo muy fácil: provoqué a uno de ellos, de tal modo, que decidió violarme en la lancha, inmediatamente… Todo lo que consiguió fue que le quitase la pistola, y le metiese una bala en el vientre. Tuve que disparar contra otro, que cayó al mar. A los otros dos, me bastó amenazarlos con la pistola para hacerles comprender quién controlaba la situación. Así que les hice dar la vuelta hacia aquí, y cuando llegamos, los quité de en medio, costa arriba. Luego he venido a pie, y… aquí me tiene, dispuesta a llevarme a los tres científicos de mi país. Lo que me pregunto realmente es qué voy a hacer con usted, Kim. ¿Se le ocurre alguna solución mejor que matarlo?

—¿Qué ganaría matándome? —exclamó el coreano—. ¡Podemos llegar a un acuerdo!

—Esa es una frase que he oído muchas veces antes de ahora, pero en la mayoría de las ocasiones no ha dado resultado…

—Espere… ¡Espere, Madge! ¡Puedo darle mucho dinero!

—No me interesa el dinero —movió la cabeza Madge—. Sólo me interesa mi trabajo, así que piense algo mejor para mí, algo que me haga sentirme mucho más satisfecha.

Kim Lee no necesitaba que le incitasen a pensar. Lo estaba haciendo desesperadamente… El pesquero no podía tardar en llegar, con varios chinos amigos a bordo. Si conseguía entretener a la negra el tiempo suficiente…

—No sé —vaciló—. No se me ocurre nada.

—Es usted muy poco imaginativo —sonrió desdeñosamente la negra—, así que…

—¡Espere! —volvió a gritar el coreano—. ¡Llegaremos a un acuerdo, se lo aseguro…! Usted no conoce los planes de China sobre todo este asunto, y yo sí. Podríamos llegar a un acuerdo si conocer esos planes le interesa…

Madge, que estaba deseando precisamente eso, encogió los hombros.

—¿Por qué habrían de importarme los planes de China? Lo único que me importa es recuperar a los tres científicos, matarlo a usted, y avisar a mis compañeros de Nueva York para que cacen allí

a su amigo chino. Con eso, tengo suficiente.

—¡Pero su triunfo sería mayor si revelase a su Central todo lo que China está planeando! —insistió Kim Lee, considerándose astutísimo.

—No sé —vaciló Madge—. Bueno, quizá tenga razón.

Y si me convence de ello, es posible que lleguemos a ese acuerdo, Kim. ¿Qué planes son ésos?

—Vamos a la casa, y le…

—Si da un solo paso, si hace un solo gesto, dispararé. Dígame aquí mismo lo que sea, o terminaremos la entrevista.

—Sí… Está bien. El chino que usted vio antes se llama Yei Si, y es un agente del servicio secreto de Pekín. Ultimamente, su misión ha estado referida a las armas incruentas de que dispone Estados Unidos. Comenzó a planear el secuestro de determinados científicos, y…

—Kim, todo eso ya lo sé, por obvio. Y los científicos me dirán cuando convenga cómo ocurrieron las cosas por ese lado. Sólo quiero conocer los planes concretos de China, no pasarme aquí dos horas conversando con usted… —la mirada de Madge se enfrió bruscamente, su cabeza se ladeó—. ¿O está intentando entretenerme, esperando que alguien llegue a ayudarle?

—Claro que no —se dominó Kim Lee.

—Pues siga con los planes de China. Sólo eso.

—Bien… El objetive final consiste en disponer de los conocimientos necesarios para iniciar una guerra meteorológica. En parte. Quiero decir que la meteorología sólo sería utilizada como… escudo.

—¿Escudo? ¿Qué quiere decir?

—Los tres científicos norteamericanos debían permanecer aquí mismo, en Estados Unidos, trabajando para nosotros. Pensamos llevarlos a China, pero el plan fue desechado, hasta que transcurriesen unas semanas, y su búsqueda se hubiese relajado. En estos momentos, habría sido peligroso. Por lo tanto, los queríamos tener trabajando en este chalé, y cuando fuese posible, o tuviésemos ya lo que queríamos de ellos…

—De nuevo me está facilitando detalles que son obvios. Kim. Y eso me está poniendo nerviosa. ¿Cuál era el objetivo de China?

—Corea. Corea del Sur.

Madge se pasó la lengua por los labios.

—¿Querían atacar Corea con… armas meteorológicas? ¿Provocar sequías, o inundaciones, o algo parecido?

—No, no… Eso habría sido demasiado extenso, y en definitiva, quizá sólo habrían conseguido devastar Corea del Sur, lo que no implicaba en modo alguno un triunfo definitivo para el Norte…

—Entiendo que usted es de Corea del Norte, y que, naturalmente, tiene buenas relaciones con China, y con el Lien Lo Pou.

—Sí, claro… Yei Si y yo hemos estado trabajando juntos en esto: la unificación de Corea.

—La unificación de Corea Norte y Corea Sur, se está estudiando por personal diplomático autorizado y todo lo competente que se puede esperar, Kim. Con altibajos, desde luego: ahora se ponen de acuerdo, ahora se enfadan…, pero van dando pequeños pasos hacia esa reunificación. Y no me diga que usted no sabía eso. Es un tema actual, como consecuencia de cumplirse veinticinco años desde aquella guerra.

—Sí… Lo sabemos, claro. Pero eso puede durar mucho tiempo, y los americanos lo pueden dificultar, o hacer las cosas a su modo. Por lo tanto, Pekín, de acuerdo con determinados personajes de Corea del Norte, ha decidido iniciar una guerra que daría como resultado la invasión de Corea del Sur por las tropas de Corea del Norte…, ayudadas por tropas chinas, naturalmente. Un ataque fulminante, definitivo.

—Eso no es posible —murmuró Madge—: hay una estricta vigilancia para evitar eso.

—Lo sabemos —sonrió Kim Lee—. Pero con la guerra meteoro lógica, la solución sería sencilla. No se trata de inundar Corea del Sur, como ya le he dicho. Ni nada de eso… Sabemos que hay un adecuado espionaje americano por medio de barcos y de satélites artificiales que continuamente describen órbitas especialmente sobre la costa de China y sobre toda Corea del Norte… Eso es evidente.

—Lo es. ¿Y…?

—La vigilancia abarca también, por supuesto, el Mar Amarillo. Y precisamente por ahí tiene proyectado enviar China sus fuerzas hacia Corea del Sur, en cuyas costas desembarcarían con toda

facilidad, sin ningún contratiempo. Mientras tanto, las fuerzas norcoreanas invadirían Corea del Sur por la frontera, cruzando ese maldito y absurdo paralelo 38. Es decir, que en una sola jornada, Corea del Sur quedaría atrapada en la tenaza que formaríamos nosotros por el Norte y las fuerzas de desembarco chinas por la costa Oeste. Con esto, la situación habría terminado: Corea, ambas actuales Coreas, serían una sola, bajo las directrices políticas y sociales de la del Norte, y no habría que hacer concesiones a nadie, ni escuchar condiciones, ni tolerar intervenciones norteamericanas…

—A propósito de eso —susurró Madge—: tengo entendido que hay en Corea del Sur quizá unos cincuenta mil hombres de las fuerzas armadas de Estados Unidos.

—Sí… Aproximadamente. Pero serían rápidamente controlados.

Madge Hobson contuvo un estremecimiento. ¿Rápidamente controlados cincuenta mil soldados norteamericanos? Sí, podían ser rapidísimamente controlados, desde luego…, pero nunca a las buenas. Para controlar a cincuenta mil soldados norteamericanos tendrían antes que matar a los suficientes para que los demás comprendiesen la situación…

—Entiendo —dijo, con voz un tanto aguda—. En definitiva, China ha decidido, de una vez, apoyar abiertamente a Corea del Norte para apoderarse de Corea del Sur, y luego ser muy amigos… Es fácil de comprender esta… ayuda china, que sería simplemente, una expansión de ella misma. Pero… ¿qué tiene de útil la guerra meteorológica si no piensan…?

Madge calló de pronto.

Se quedó mirando con intensa fijeza al coreano, que ahora sonreía, cada vez más esperanzado: estaba consiguiendo que la negra olvidase que tenía una pistola en la mano, que se asustase…, y que el tiempo fuese pasando, pasando, pasando…

—Me parece que ha comprendido algo —sonrió Kim.

—¿Piensan utilizar la meteorología… simplemente como arma indirecta? —musitó Madge.

—En efecto. Nos bastarán unos nubarrones persistentes, y una gran cantidad de niebla en el Mar Amarillo y sobre Corea.

—Sí, comprendo… Provocarían grandes formaciones de nubes y de niebla… De este modo, nuestros barcos-espía no verían a las

fuerzas navales chinas acercarse a Corea del Sur, Tampoco las detectarían nuestros satélites-espías… No serían vistas en el mar, ni detectadas desde arriba; del mismo modo, las fuerzas norcoreanas que invadirían Corea del Sur por el paralelo 38, no serían fotografiadas durante su aproximación a la línea divisoria… Todos los sistemas electrónicos visuales del espionaje quedarían… cegados. En cuanto al radar y al sonar, estarían tanto tiempo creyendo que era navegación normal de pesqueros y demás, que cuando fuesen a reaccionar, Corea del Norte habría cruzado el paralelo 38, y las fuerzas chinas habrían desembarcado en la costa Oeste.

—En efecto. Es usted muy inteligente, Madge.

—Una guerra —susurró Madge—. Otra guerra más. ¿Y quién sabe cómo podría acabar todo, por rápidos que fuesen ustedes? ¿Cuál sería la reacción de mi país, de Rusia…? ¿Cuántos soldados americanos morirían, antes de ser desbordados? ¿Cuántos coreanos y chinos morirían, Kim?

—Bueno, en toda guerra muere personal, claro…

—Claro. Bien, según parece, China está dispuesta a convertir un arma incruenta en un apoyo bélico que ocasionaría derramamiento de sangre en tal abundancia, que sería espantoso. Él tenía razón: todas las armas, por incruentas que sean en principio, degeneran hacia las soluciones mortales. Siempre igual, siempre lo mismo… Él tenía razón…, como siempre.

—¿Él? ¿Quién es él…?, ¿qué le pasa? Está tan pálida que…, que no parece posible… ¿Qué le está… pasando en la cara, y en las manos, y…?

—Deben estar pasando los efectos del *Blackcolour*. Kim.

—¿Los efectos de qué? No comprendo… ¡Está cada vez más pálida! Y sus manos y brazos, y…

Kim Lee fue un privilegiado: asistió a un espectáculo único, la decoloración, cada vez más rápida, de la negra cachonda llamada Madge. En menos de medio minuto, ante su estupefacción, la pantera negra se convirtió en una muchacha blanca, es decir, de un bello color dorado, como hecho de sol y de seda; sus bellas manos parecían delicadas como flores, uno de sus ojos contrastó, entonces visiblemente, en tono azul…

—Pero… pe… pero… —tartamudeó Kim.

—Deje eso cuidadosamente en el suelo —musitó Brigitte Montfort—: un amigo que está afuera lo recogerá, y nos iremos los tres a un lugar donde usted dará, a otras personas, las explicaciones que me ha dado a mí.

—¿Un amigo? —respingó Kim.

—Está afuera, esperándome y protegiendo mi espalda. Si espera usted a alguien, olvide toda posibilidad de que me sorprendan. Haga lo que le he dicho.

—Sí… Sí, sí. Bueno, los científicos están en la casa…

—Los he visto. También nos los llevaremos.

—Usted… usted es blanca… ¡Es blanca! ¡Usted… es Brigitte Montfort, la periodista que…!

—Llámeme Baby: así, simplificaremos, Kim.

Kim Lee palideció tanto que pareció realmente un cadáver. Incluso retrocedió un paso. La pistola de Baby Montfort se alzó un poco más, firmísima la mano que la empuñaba.

—¡No! —jadeó Kim—. No saldré de aquí… ¡No va a tener ningún triunfo conmigo! Si quiere disparar, hágalo…, y le aseguro que volaremos los dos en pedazos. No le servirá de nada estar fuera del garaje… ¡De nada! Hay aquí tanto explosivo que todo volará, en millones de pedazos, en polvo…

—No me obligue a matarle, Kim. Deje eso, y salgamos de aquí.

—No —rió de pronto el coreano—: Sé que no va a disparar. ¡No lo hará! Si usted es realmente la agente Baby, no será tan estúpida como para querer morir de este modo absurdo… ¡Será mejor que se aparte de mi camino! Yo me voy…, y si se atreve a disparar, hágalo. Allá usted.

Brigitte Montfort estuvo todavía unos segundos apuntando firmemente a Kim Lee. De pronto, su mano comenzó a temblar, ligeramente al principio, violentamente a los pocos segundos…, y finalmente, bajó, apuntando la pistola hacia el suelo.

—Eso está mejor —exclamó Kim—. Y ahora…

¡Ahora!, se dijo Brigitte.

Ahora era el momento. Ahora, cuando Kim Lee, engañado, no tendría tiempo de alzar los brazos de modo que la bala diese en uno de los paquetes, era el momento de actuar.

Plop, disparó la divina espía.

Y, en efecto, Kim Lee no tuvo tiempo de nada. El velocísimo

disparo efectuado por Baby pasó por encima de la carga de explosivos que Lee sostenía ante su pecho, y fue a hundirse con precisión digna de la expertísima tiradora, en el centro de la frente del coreano, que saltó hacia atrás, cayó de espaldas, y quedó en el acto inmóvil, mientras los paquetes que había lanzado hacia arriba, caían sobre él. Sin explotar, por supuesto.

Brigitte Montfort salió del garaje, inexpresivo el pálido rostro.

—¡Simón! —llamó.

La atlética figura del agente de la CIA, apareció en el acto, como brotando del suelo, mucho más cerca de lo que ella había esperado. Simón llegó corriendo, tenso el rostro…

—¿Qué ha…? ¡Ya es blanca de nuevo!

—Vaya corriendo a buscar la lancha, y tráigala delante del chalé a toda velocidad. Y eso, ahora.

Simón dio media vuelta, y desapareció en la oscuridad…

Cuando, pocos minutos después, todavía jadeante, detenía la lancha en la playa, Baby estaba descargando de sus hombros a Robert Lambert, junto a Jan Fellows, que yacía ya sobre la arena…

—En la casa está todavía Douglas Everitt: ¿le molestaría traerlo usted?

—¡Claro que no!

En dos minutos prácticamente, Simón estuvo de vuelta, cargado con Everitt. Entre los dos, colocaron a los científicos en la lancha. Brigitte señaló los mandos, y Simón se hizo cargo de ellos, partiendo de allí a toda velocidad, en dirección a Nueva York.

El pesquero llegó cuarenta minutos más tarde.

Capítulo IX

El teléfono sonó, y Yei Si, que estaba ante la ventana de su cuarto en el Clarion Hotel, esperando divisar a lo lejos el rojo resplandor de una lejana y poderosísima explosión volvió la cabeza hacia el aparato.

Descolgó el auricular.

—¿Sí?

—¡…!

El rostro de Yei Si, pasó del blancoamarillento al blanco absoluto.

—¿Qué? —exclamó.

—¡…!

—Está bien —sonó ronca su voz—: ¡He dicho que está bien, que he entendido!

—¿…?

—¡No os importa lo que yo vaya a hacer! Vosotros, marcharos, simplemente. Regresad. ¿Está claro?

—¿…?

—No… No, no. No hagáis nada, dejad la casa tranquila, todo como está. Discreción absoluta, silencio, sigilo… Simplemente regresad. Yo me las arreglaré para hacer lo mismo, a mi manera.

Colgó, y quedó con la mano sobre el auricular. Estaba mortalmente pálido. Y sabía que no tenía ni un segundo que perder… ¿O quizá a él no fuesen a buscarlo? Movió la cabeza negativamente: si los del pesquero le habían llamado allí desde el chalé de Long Island, para decirle que Kim Lee estaba muerto, y que no había ni rastro de los tres científicos, cabía pensar que Lee hubiese hablado antes de morir. Y, de todos modos, si los científicos habían escapado, tras engañar y vencer a Kim Lee, lo primero que harían sería denunciarlo… ¡Quizá lo hubiesen hecho ya, y la policía, en principio sólo la policía, ya estuviesen camino del

Clarion Hotel!

Yei Si no se molestó en recoger nada de su habitación en el Clarion Hotel. Ni siquiera la llave, para dejarla en la conserjería… Salió a toda prisa, fue adonde había dejado su coche privado, y se sentó ante el volante, jadeando. Por un momento estuvo tentado de ir al restaurante chino donde se hallaba instalada la emisora para aquella misión meteorológica. Pero…, ¿había muerto Kim Lee sin hablar, o había revelado que aquel restaurante chino era un centro de coordinación del espionaje chino en el Norte de Estados Unidos, desde hacía más de tres meses? ¿Había dicho algo Kim Lee? Porque si había dicho algo a los científicos, que, finalmente, debían haberle sorprendido y vencido, éstos lo comunicarían a la CIA muy pronto, y el restaurante sería invadido, la emisora requisada, la red de agentes localizados y puestos fuera de combate de un modo u otro…

Sudando copiosamente, Yei Si conducía su coche a toda la velocidad, dentro de los límites prudentes en Nueva York. Cruzó a Brooklyn por Williamsburg Bridge, y siguió hacia Long Island. Iría allá, al chalé, y si todavía era posible, seria él quien volase la casa. Luego, ya seguro de que sus compañeros estaban lejos hacia Canadá, a salvo, robaría una lancha y partiría en pos de ellos. Y desde Canadá, directo a China.

Al pensar en el regreso que le esperaba, Yei Si todavía sudó más copiosamente. Con la mano derecha sacó el pañuelo, y se lo pasó por la frente…

—Las cosas están mal, ¿verdad, Yei Si?

El chino lanzó un alarido, soltando el pañuelo y llevando la mano al volante, pues su sobresalto fue tal que perdió por un instante el control del vehículo. Crispado, demudado el rostro, dirigió una mirada al espejo retrovisor. No había mirado antes, pero si hubiese habido alguien dentro del coche lo habría visto… A menos que estuviese escondido entre los asientos…

—¿Me recuerda? —preguntó la muchacha que ahora estaba cómodamente sentada en el asiento de atrás.

Yei Si suspiró profundamente. ¿Recordarla? ¡No había olvidado a Brigitte Montfort, la periodista, ni siquiera un segundo, desde que se iniciara todo aquello! No la había olvidado porque estaba muy preocupado por su artículo aparecido en el *Morning News*,

preguntándose si realmente ella no había visto que los ocupantes del «Comet» azul eran chinos…

—Me parece que sí me recuerda. Siga, siga hacia Long Island, Yei Si. Pero, claro, abandone toda esperanza: Kim Lee está muerto, cosa que usted ya sabe, por supuesto. Sus amigos chinos, han sido misericordiosamente ignorados durante la visita al chalé, así que están de vuelta hacia Canadá. Los que lo van a pasar peor son los del restaurante chino: mis compañeros de la CIA están a punto de caer sobre ellos. Y, sólo queda usted, Yei Si.

—Baby —jadeó el chino—. ¡Usted es Baby!

—Por fortuna, no llegó antes a esta conclusión, pues me habría colocado en un gravísimo apuro para el resto de mi vida, Yei Si. Pero, naturalmente, no ha podido decir esto a nadie, y la señorita Montfort, recuperada de su leve herida, se reincorporará mañana por la mañana a sus habituales actividades. Se entiende, como Brigitte Montfort, no como Madge Hobson.

—La negra… ¡Lo sabía! ¡Lo sabía, pero no era posible!

—Es un compuesto preparado por un amigo mío, llamado *Blackcolour*. Sus efectos son de duración limitada. En cuanto a la modificación de mis facciones, se consigue fácilmente con rellenos especiales. El cambio de color de los ojos, con lentillas… Pero, ¿qué puedo contarle a usted, qué trucos puedo revelarle que no conozca, Yei Si? Estamos entre auténticos profesionales, ¿no es así? Uno gana, otro pierde…, y por el momento, el asunto de Corea seguirá discutiéndose en la mesa de negociaciones diplomáticas. Quizá ejerciendo determinadas presiones políticas consigamos que los coreanos arreglen solos sus asuntos, antes de que China consiga por su cuenta los conocimientos necesarios para una guerra… meteorológica.

—Lo sabe todo… ¡Lo sabe todo!

—Absolutamente todo. Pero no se detenga… Siga hacía Long Island, por favor.

—No… ¡No voy a hacerlo!

Bruscamente, Yei Si giró el volante a la derecha, y frenó junto a una hilera de coches, quedando estacionado en doble fila. Permaneció con las manos sobre el volante, mirando a Brigitte por el retrovisor.

—¿Qué hace, Yei Si? ¿No quiere intentar escapar?

—Si quiere matarme, tendrá que hacerlo aquí… ¡Y no se atreverá!

—¡Oh, sí que me atreveré! Compréndalo: usted sabe, ahora, quién es la agente Baby. No puedo permitir que siga con vida, y que vaya a contarles a setecientos u ochocientos millones de chinos que la señorita Montfort es una espía… Lo siento, Yei Si.

—¡Usted no…! —empezó a gritar el chino.

Plof.

Silencio.

Tres segundos después, Brigitte Montfort se apeaba del coche, y se encaminaba hacia el que se había detenido detrás del de Yei Si. Entró en la parte de atrás, sentándose junto a Charles Alan Pitzer, y miró al agente de la CIA, que, sentado junto al conductor, la miraba fijamente.

La divina espía asintió con un gesto, y señaló hacia el coche de Yei Si.

—Lléveselo, Simón. Y haga las cosas bien: Yei Si, simplemente ha desaparecido para siempre. Y que los chinos lo busquen todo el tiempo que quieran.

Simón salió del coche, y segundos después se alejaba, conduciendo el de Yei Si.

—El helicóptero para llevarla a la clínica elegida que le servirá de coartada, está esperándola —dijo Pitzer—. Mañana por la mañana podrá usted regresar a su domicilio, y nadie la relacionará con lo sucedido en este tiempo.

—Gracias, tío Charlie… Ha sido todo mucho más rápido de lo que todos esperábamos, ¿verdad?

Pitzer encogió los hombros, impávido.

—Cuando interviene usted, a mí no me sorprende nada en absoluto.

Este es el final

Sorprendidísimo, Frank Minello se quedó mirando el techo del salón del apartamento de Brigitte. Parpadeó, reflexionó, frunció el ceño, se rascó la cabeza… De pronto, se sentó velocísimamente en el sofá.

—¡Demonios! —aulló—. ¡Me he quedado dormido! ¡Brigitte! ¡Eh, Brig…!

—No grites tanto, Frankie: no soy sorda.

Minello la vio, sentada en un sillón. Y su sorpresa aumentó considerablemente, al verla envuelta en una de aquellas deliciosas batas cortitas que utilizaba Brigitte en la intimidad, y contemplándose las imitas recién manicuradas.

—¿Qué hora es? —preguntó—. ¡Zambomba, me he quedado dormido unos minutos…! ¿Qué pasa? ¿Por qué te has desvestido? ¿Ya no vamos a Washington?

—Han suspendido la conferencia sobre Armas Incruentas, por el momento. Fallos técnicos. Seguramente, será la semana próxima.

—¡Ah…! Bueno, me alegro. ¡Zambomba! —estiró brazos y piernas el buen Frankie—, ¡vaya una cosa tonta, quedarme dormido en el sofá! ¿He dormido mucho rato?

—Unos cuantos minutos —dijo, sin mentir, Brigitte. ¿Acaso cuarenta y ocho horas no son unos cuantos minutos?

—Menos mal. Tengo un hambre espantosa… ¡Me ha sentado bien esta siestecita! ¿Qué tal, si me invitas a cenar?

—Bueno —aceptó Brigitte—. Pero antes tomaremos una copa de champaña, ¿no te parece?

—¡Estupendo! —se frotó las manos Frankie—. Iré a decirle a Peggy que las…

—Peggy ya debe haberte oído, y seguramente ya viene hacia aquí con el champaña.

En efecto, Peggy apareció, pocos segundos después con el champaña. Frank Minello sirvió para los tres, y tendió una copa a

Brigitte. En el fondo de los azules y maravillosos ojos, vio aquella expresión que general mente, le mosqueaba. Frunció el ceño, y miró a Peggy que, con mucho menos control sobre sí misma que la espía internacional, no podía contener adecuadamente la risa.

—¿Qué pasa? —se mosqueó definitivamente Minello—. ¿Acaso ha sucedido algo gracioso, mientras yo dormía?

—Claro que no, Frankie —murmuró Baby—. Te aseguro que no ha sucedido nada gracioso mientras dormías. Lo gracioso está sucediendo ahora…

Y la divina espía unió sus carcajadas a las de la fiel Peggy.

FIN

Notas

[1] Ver *Lluvia atómica.* < <

[2] *Pretty* significa guapo, bonito, lindo, en inglés. < <